EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

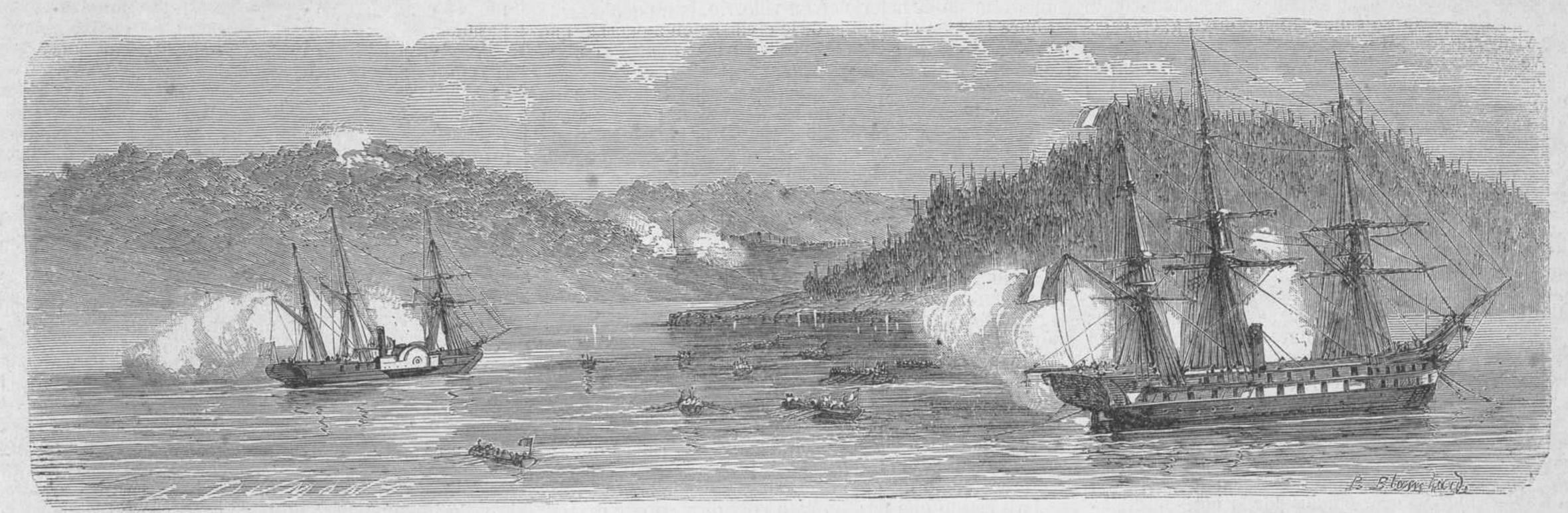


1863. — Tomo XXII.

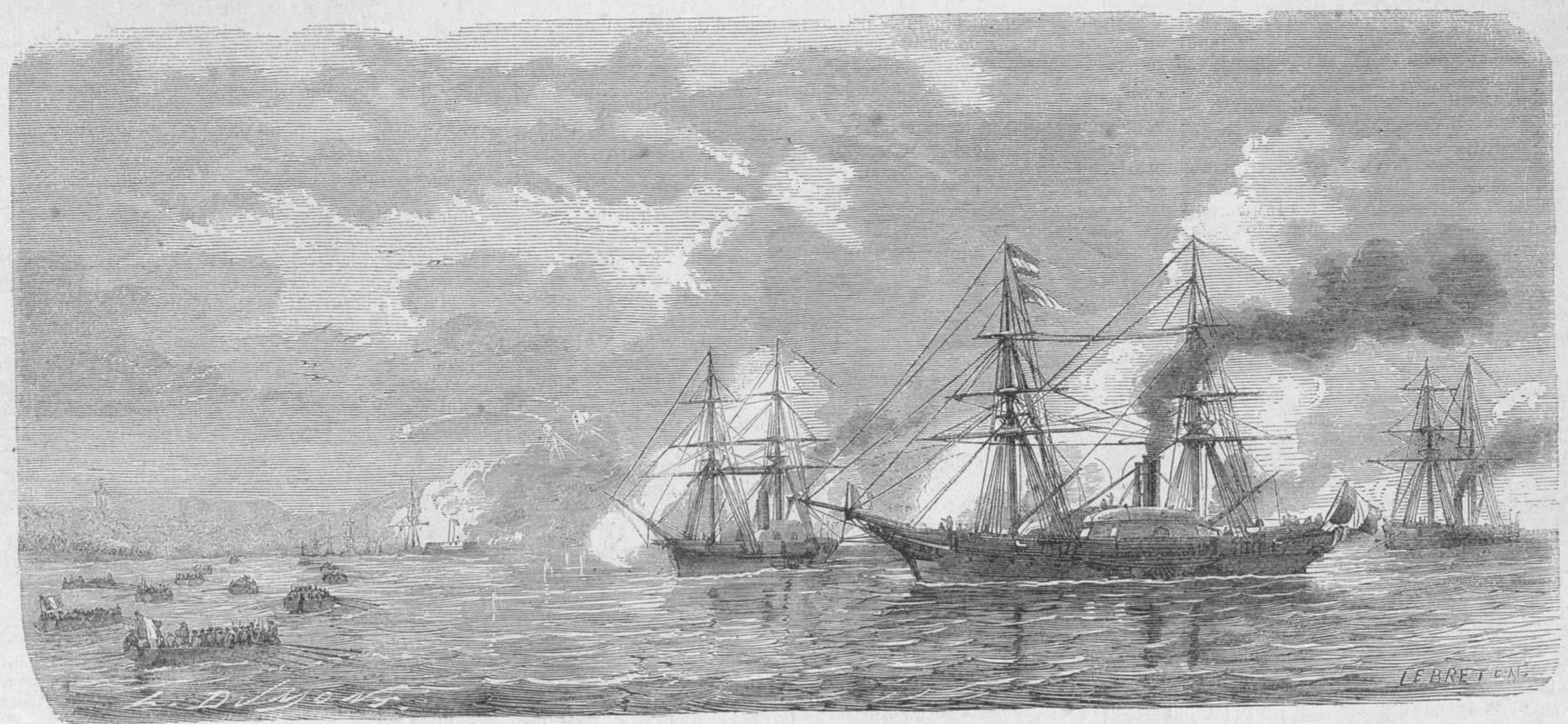
EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 22. — Nº 563.



La Semiramis y el Tancrede protegiendo el desembarco de tropas francesas en Simonosaki (Japon).



GUERRA DE MEJICO. — Bombardeo de Tampico y desembarco de tropas el 9 de agosto.

SUMARIO.

Expedicion de la Semiramis y del Tancrede; grabado. — La toma de Tampico; grabado. — Revista española. — Saqueo de los palacios del conde Andrés Zamoiski; grabado. — Maniobras de tropas suizas: grabados. — Revista de Paris. — El mundo. — La marina de guerra anglo-americana. — El Daghestan; grabados. — El Lucero del manantial. — Los campanólogos. — Pabellon de la bomba de vapor del palacio de Bagatelle; grabado. — Ascension del globo el Gigante; grabado. — Exposicion de las artes industriales; grabados. — Sacrificio y recompensa. — Los doce linajes de Soria. — Bon José M. Gutierrez de Estrada; grabado. — La isla de Guessant; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.

Expedicion de la Semiramis y del Tancrede.

Yakohama 28 de julio.

Habiéndose complicado la situacion del Japon, el almirante Jaures mando reunir todos los buques de la escuadra francesa que aun estaban en China, el Dupleix, el Tancrede, el Monge y el Kienchan, así como tambien un destacamento del tercer batallon ligero de Africa, comandante Meuziau. El 15 de julio último, el almirante recibió la noticia de que el Kienchan al pasar por el estrecho de Simonosaki en el mar interior, con despachos para Shang-hai, habia debido sufrir el fuego de nueve baterias japonesas que defendian los pasos, y que en su consecuencia habia llegado en mal estado a Nangasaki. Inmediatamente mandó el almirante que se dispusieran la Semiramis y el Tancrede, llevando à bordo este último buque una compañía del batallon ligero de Africa. En dos horas todo estaba pronto; el Pembroke, buque americano, así como otra fragata, habian salido por su parte.

El 20 al amanecer los dos buques franceses estaban delante de Simonosaki, extensa poblacion perteneciente à Matzara Daisen no Baibon, príncipe de Nagata, espe-

cie de virey muy hostil à los extranjeros.

Nueve baterias perfectamente armadas defendian el canal que conduce al frente de la ciudad. La Semiramis rompió el fuego con sus treinta y cuatro obuses de á treinta rayados. La bateria enemiga no respondió en un principio, pero habiéndose adelantado un poco mas el Tancrede, esta le hizo una descarga que produjo muchas averias en su quilla y en su arboladura. La Semiramis desmontó una pieza, pero los japoneses continuaron con valor sirviendo las otras, y con el anteojo se distinguia à los artilleros dando fuego à las piezas a pesar de las balas y la metralla que llovian sobre ellos; los que morian eran reemplazados inmediatamente. Por fin, no pudiendo resistir mas evacuaron la bateria los japoneses, y entonces se adelantaron las chalupas para desembarcar las compañías. Una columna de doscientos hombres recibió órden de apoderarse de la bateria y de destruirla.

Mientras estas fuerzas se dirigian á tierra en siete embarcaciones, los cañones de la Semiramis y del Tancrede barrian con su metralla los aproches de la bateria donde se abrigaban los soldados del príncipe. Al cabo de muchos esfuerzos ocasionados por la posicion topográfica del terreno, la columna llegó á lo alto de la montaña donde encontró á los japoneses, y un vivo fuego de fusilería se empeñó en todos los puntos. Despues de un combate encarnizado, los japoneses rechazados se fugaron en desórden, dejando la tierra sembrada de muertos y heridos. Los cañones fueron clavados, y los marineros subieron á la aldea y la incendiaron com-

pletamente.

Pocos instantes despues el *Tancrede* continuó su fuego apoyado por los obuses de las chalupas. Una columna que podria tener unos 2,000 hombres, infanteria y
caballeria, llegaba de Simonosaki, sin duda para recobrar la bateria; pero diezmada por la metralla se detuvo
à unos doscientos metros de los franceses y acabó por
retirarse. El castigo era completo: los defensores de la
bateria estaban muertos à los piés de sus piezas ó en
derrota; las cureñas de los cañones ardian, y las casas
de la aldea incendiadas comunicaban el fuego à los abetos que guarnecen los flancos de las colinas, y ofrecian
el espectaculo de una inmensa hoguera. Una vasta pagoda que servia de polvorin saltó con un horrible estrépito.

En seguida la pequeña columna francesa se volvió à bordo de la Semiramis, donde fué recibida con entusiasmo.

P. P.

La tomas de Tampico.

El 6 de agosto el contra-almirante Bosse, en conformidad à las instrucciones que habia recibido, dejaba el fondeadero de Sacrificios con una division naval de unos 1,400 hombres, destinada à tomar posesion de Tampico.

Tampico es una ciudad de 12,000 habitantes, agradablemente situada junto á un rio á seis kilómetros de la costa, donde residen muchos europeos, y cuya entrada defiende un fuerte en la embocadura del rio.

La division naval se componia de los buques la Bellone, la Entreprenante, el Eure, el Panamá, el Milan, el Brandon y la cañonera la Tempete, con tres chalupas de vapor y una goleta. El cuerpo expedicionario estaba mandado por el coronel Hennique, del 2º regimiento de infanteria de marina; dos cañones rayados de á doce formaban la artillería de la expedicion. El 8 à las once todos los buques fondeaban delante de la entrada del rio, y los buques ligeros se acercaban al fuerte para desalojar al enemigo. El tiro duró una hora, y la bateria mejicana contestó con algunos disparos que produjeron averías en dos de los buques. El 9 al amanecer comenzó el desembarco, muy dificultoso porque era preciso atravesar la barra. La operacion duró largo tiempo, pues costó trabajo hallar el paso; pero al fin las diferentes embarcaciones fueron llegando à tierra, y algunos instantes despues la bandera francesa ondeaba en el fuerte. Al mismo tiempo el coronel recibia el aviso de que las fuerzas mejicanas habian evacuado Tampico, y que la ciudad le abria sus puertas. El 11 por la tarde, el cuerpo expedicionario estaba en Tampico sin haber perdido un solo hombre, como era natural, en la ausencia de una resistencia séria por parte de los mejicanos.

Revista española.

Las ferias. — Su fisonomía antigua y moderna. — El placer es un pájaro. — Consideraciones altamente morales. — La pícara moda. — El invierno, programa. — Los felices y los desgraciados. — El café que ofrecen las deidades á la moda. — Salones que no se abrirán. — El Teatro Real. — Lances de honor. — Filosofía del duelo. — Estudios sociales. — El teatro de la Zarzuela, partiendo sus beneficios con el diablo. — No hay vida como la honra. — Libros nuevos. — Mucha novela, poca ciencia. — Cantares de los niños. — El Cancionero infantil. — Necrología. — Una poesía insípi..... digo, inspirada.

Las ferias de Madrid, aunque privadas de la fisonomía peculiar que las distinguia y cenvertidas en el raquítico remedo de la feria de un villorrio, han podido hasta ahora resistir al empuje de la civilización moderna, que pretende destruir las costumbres tradicionales arraiga-

das en la vida de los pueblos.

Si no presentan ya a la vista aquella exposicion de antigüedades en la que mezclados con la jícara sin asa ó la caja de rapé carcomida, encontraba el literato algun libro raro, y el aficionado a pinturas algun lienzo de mérito, tienen todavía el privilegio de atraer a la poblacion madrileña, y especialmente a la sociedad elegante. Las mamas recuerdan con fruicion episodios de sus buenos tiempos, ponderando la brillantez de la concurrencia en la calle de Alcalá; las niñas, mas positivas disfrutan contentas de lo presente, muellemente recostadas en la magnifica carretela, hoy que, como todos nos hemos hecho ricos, no es persona decente la que anda á pié.

Unas y otras, aunque mirando desdeñosamente los tinglados del paseo de Atocha, se regocijan al verse en sus cuarteles de invierno despues de su excursion vera-

niega.

Encontraron estas bellas fugitivas el placer que se propusieron al emprenderla? Al placer le pintaban los antiguos como un genio con alas, y ciertamente es un pajaro astuto que nos incita a cogerle y se nos escapa volando cuando creemos echarle la mano encima.

¡ Cuántas veces muchas señoras à quienes un mal imaginario ha servido de pretexto para imponer à un padre ó à un marido los gastos de un viaje innecesario, habrán echado de menos las comodidades de su casa, y

suspirado por volver à ella!

Cualesquiera que sean los medios de una familia, el vivir en una fonda impone privaciones respectivas; el que habita en un palacio tiene que contentarse con una modesta habitación; el que ocupa un cuarto espacioso, con uno ó dos dormitorios y una sala comun para recibir.

Los paseos por la playa, los bailes, los conciertos, componen el programa de cada dia; pero como tantas otras cosas en este mundo, no pasan de proyectos. Que hay reuniones en el ayuntamiento ó en el Casino... No va un alma. Que hay baile... Cinco ó seis señoras danzan languidamente, a veces unas con otras, por falta de caballeros. No queda otro placer á las señoras que el de vestirse para gentes á quienes apenas se conoce, el fastidio y la crítica.

Pero la moda ordena el veranear fuera de su casa, y hay que conformarse con sus preceptos. Así nos serán doblemente agradables las animadas diversiones del in-

vierno.

Y sea dicho de paso, el invierno nos amenaza ya con su presencia. Grata para los venturosos que despues de pasar el dia en sus alfombrados y cómodos salones hojeando el último libro, digeriendo las noticias políticas de los periódicos, ó ideando negociaciones que han de engrosar sus arcas; que despues de saborear una suculenta comida y de efficurer el delicioso moca, pueden ir a recostarse sobre una mullida butaca del regio coliseo, y de alli acudir á las grandes solemnidades de la aristocracia, ó al gabinete azul ó verde de una deidad á la moda que vuelve á ofrecer una nueva taza de café á sus admiradores, no para que disfruten del sabroso producto americano, sino para que desvelados y viéndola con el prestigio de la imaginacion en un mundo fantástico, vuelvan al dia siguiente mas rendidos que nunca.

Triste para los que despues de soportar un frio bajo cero y de vivir durante todo el dia à merced de la misma formula algebraica, no tienen mas recurso por la noche que agruparse al rededor del compasivo brasero para jugar una loteria ó un dominó, si no llega à tal punto la desgracia de este ser desheredado, que no tiene mas fuego para calentarse que el de su alma ó el fuego fátuo, que lo mismo en invierno que en verano recorre à todas horas las calles de la Coronada Villa.

Sin embargo, los que viven en la esfera de los saraos aristocráticos están de pésame: la embajada de Francia no abrirá sus salones, la condesa de Montijo tampoco, la duquesa de Medinaceli no ha desplegado sus labios todavía, los señores de Wesveiller imitan este elocuente silencio, y todo el porvenir se reduce á las recepciones de los duques de Fernan-Nuñez y de los señores de

Osma.

El coliseo de Oriente abre mañana sus puertas al público madrileño, y á juzgar por la compañía que ha de funcionar en el mencionado teatro, creo que mis queridos paisanos quedarán satisfechos de los esfuerzos del inteligente empresario M. Bagier. Entre las principales tiples y contraltos figuran las señoras Patti y Lagrange; los señores Mario y Fraschini han sido tambien contratados para el regio coliseo.

Los teatros han empezado à dar señales de vida, y el

público, que lo deseaba.

En el Circo se han representado dos obras : Lances de honor, drama en tres actos, y los Miserables, traducción del drama del mismo nombre, que con tanto éxito se representa actualmente en toda Europa.

El primero tiene dos objetos morales: el de combatir la manía del duelo con todas las armas; y el de infundir en los ánimos la idea religiosa, puesta hoy en olvido,

segun el autor de la produccion.

hombre de antaño que el de hogaño?

Tiene la actual sociedad una desgracia que reconocen todos, y es que su materialismo y apego á los mundanos intereses la preocupan; legitima consecuencia de esto que se apellida vicio social, es el amor á la vida que á la sazon domina al hombre, y á fe que aunque consecuencia de un vicio, es sublime consecuencia. Este materialismo, esta aficion á lo perecedero, ha hecho á los mortales de los dias que atravesamos, harto menos pendencieros y reñidores que los de los tiempos pasados.

Las leyes del honor subsisten por fortuna, pues que fuera muy desgraciada sin honor la sociedad, pero hanse borrado de entre las muchas preocupaciones mundanas la que hacia de la honra un cristal tan quebradizo y terso que el menor golpe le rompia, y el soplo mas leve le empañaba. ¿Era mas cuidadoso de su honra el

No, seguramente; cuando mas, aventajaba al de hoy en suspicacia, pero no en honra, que no ha de consistir esta virtud en el valor que se la quiera dar, sino en

el que realmente tiene.

El autor de *Lances de honor* no condena los lances, sino las causas que los producen, y exagerando como todos los escritores de la moderna escuela, truena contra el honor poniéndole muy por bajo de todo otro sentimiento, muy por bajo del sentimiento religioso, del sentimiento de la familia, y hasta del sentimiento del propio ser.

La humildad no está reñida con el honor, ni el ser sufrido implica la idea de ser deshonrado; ó mejor dicho, la doctrina de Cristo condena la soberbia, pero no el sentimiento de la propia dignidad; pide que el hombre sea humilde, pero no le manda que se humille, y es tan viejo y por demás sabido cuanto digo, que casi de

repetirlo me avergüenzo.

El honor está por encima del sentimiento de la familia, pero el honor es el sentimiento de la gran familia social, es el lazo que une á todos los hombres de probidad en el gran patriarcado de los pueblos, y cuanto mas se afloje aquel lazo, mas desunida andará la sociedad, y mas imposible será al hombre justo tener a raya los desafueros del malvado.

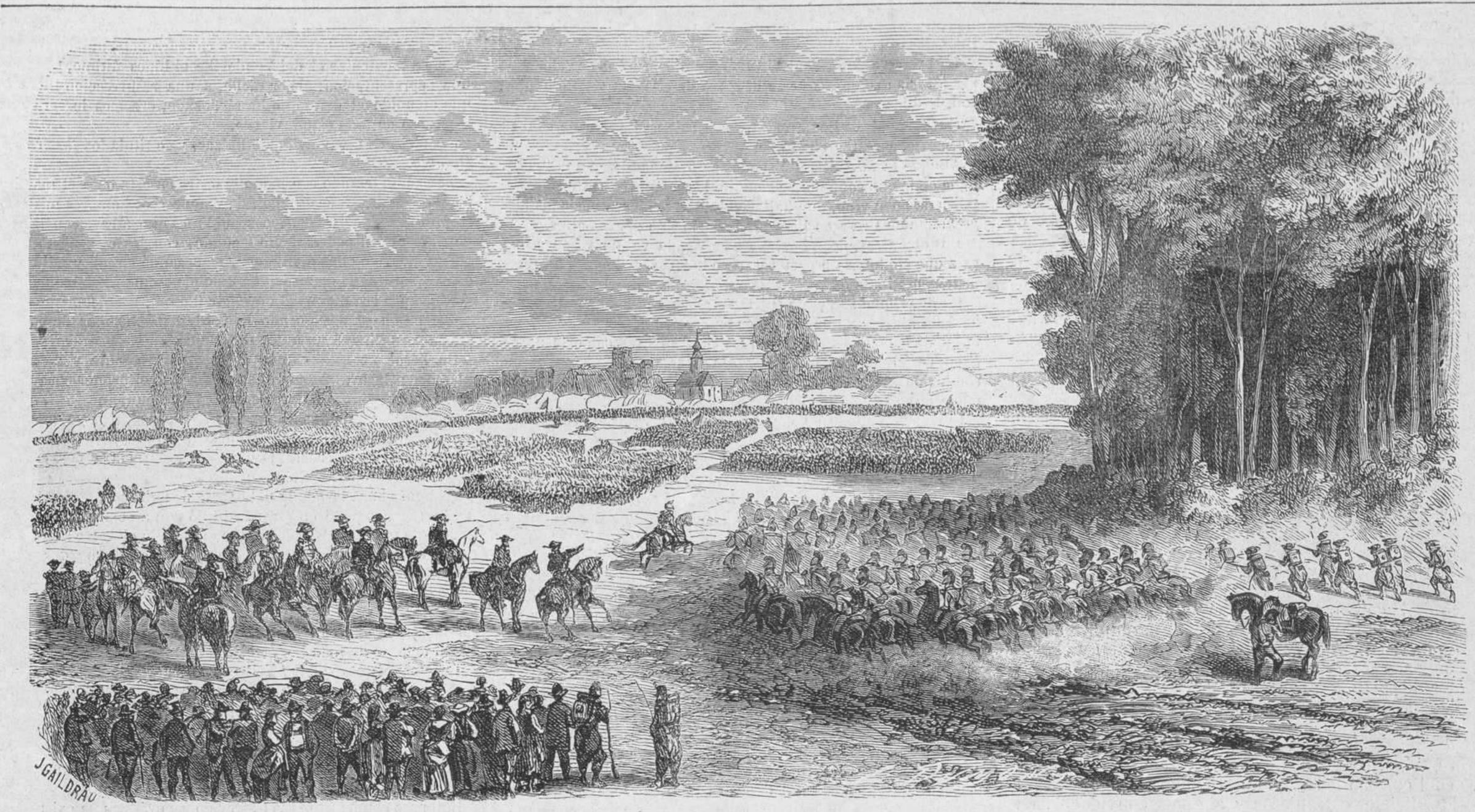
Por último, el sentimiento del honor marcha á la par del sentimiento de nuestro ser, y esto lo ha debido comprender el autor del drama, cuando no ha conseguido que su personaje ideal, su don Fabian, compendio de virtudes cristianas, se desposeyera, por decirlo así, de su sangre, de su coraje, de su valor; es decir, de su honra: don Fabian es un hipócrita, que teniendo vivisimos deseos, no ya de restaurar su honor ofendido, sino de matar al ofensor, lucha y es vencido por una supersticion humillante, no por un sentimiento de humildad. Si hay ofensa à Dios en defender con las armas el honor manchado, el don Fabian del drama, sin defender el suyo ofende à Dios, supuesto que blasfema contra la humildad cuantas veces recuerda que es hombre; y es que el sentimiento del honor brota y brotara siempre del corazon humano, como apegado que está a su propio ser, como unido à la existencia que el Hacedor le concede.

Lances de honor, sin embargo, posee toques magistrales en la forma, y merece ser citado por la pureza de la diccion, cualidad que distingue á su autor. El corte melodramático de la última parte de la obra, las últimas situaciones, mas repugnantes que conmovedoras, y la declamación extemporanea de uno de los personajes mas importantes del mismo, vulgarizan la producción hasta un extremo inconcebible en el tercer acto.

Los caracteres que en el drama se pintan, todos sin

excepcion, son falsos é inverosímiles.

Tambien en el teatro de la Zarzuela háse estrenado una en tres actos, con el título de *A partir con el diablo*; esta obra francesa, arreglada á la música del maes-



GRANDES MANIOBRAS DEL EJERCITO SUIZO. - Toma de las alturas de Aeschi el 19 de setiembre.

cantaban en el primer piso, en tanto que los soldados, ébrios tambien, bailaban en derredor de la hoguera que consumia los objetos robados. Bueno es advertir que esta devastacion no fué ordenada y ejecutada sino una hora despues de la explosion; que por órden de M. Berg sus tropas arruinaron y castigaron á muchos centenares de personas enteramente inocentes del atentado (hoy se sabe que arrojaron la bomba de un coche de alquiler que pasaba por la calle), y que solo á las diez de la noche el general Korff mandó que cesara el saqueo, esto es, cuando ya no había mas que robar.

Maniobras de tropas suizas.

Una division del ejército suizo, fuerte de 14 batallo-nes de infantería, 7 compañías de carabineros, 3 bate-rías de artillería, 6 compañías de dragones, 2 compa-ñías de guias y 1 compañía de gastadores, formando un efectivo de 10,000 hombres, ha estado reunida durante dos semanas á las órdenes del coronel federal Eduardo de Salis, en el pais comprendido entre Soleu-re, Olten-Zoffingue y Berthoud, y ha efectuado, del 14 al 20 de setiembre, una série contínua de maniobras

basadas en la suposicion de un enemigo procedente de Alemania ó de Francia, que atravesando el Aar por Olten, marchase hácia Herzogenbuchsée.

Este enemigo estaba representado por dos brigadas con artillería y caballería. El ejército suizo debia necesariamente rechazar á este enemigo mas allá del Aar, y estos movimientos se ejecutaron del 14 al 18. El 19 toda la division que llegaba de acantonamientos situados á tres leguas en torno del cuartel general, se hallaba reunida al amanecer en el llano que se extiende al noroeste de Herzogenbuchsée, y M. Staempli, jefe del departamento militar federal, la inspeccionaba. El con-



Caballería suiza, dragones.

sejo federal, seguido de un numeroso estado mayor de oficiales superiores y de oficiales extranjeros ingleses, austriacos y badenses, recibia despues al cuerpo de ofi-

ciales presentados por el coronel de Salis.

Principió el desfile. A pesar de la uniformidad bastante general que ofrece hoy el ejército suizo en virtud de las últimas leyes militares, cada cuerpo tiene su aire particular, como procedente de la montaña ó del llano, de un canton aleman ó francés, agrícola ó industrial, diferencias que se destacan muy bien en un desfile : las marchas militares caracterizan las nacionalidades de los cuerpos mas que ninguna otra cosa.

Iguales diferencias se observan en los uniformes. Hay compañía de granaderos de Vaud que puede compararse con las tropas permanentes de cualquiera potencia militar. Los cuerpos de los altos valles de Schwytz llevan con trabajo el capote, no se ajustan el cinturon para estar mas a su gusto, y sin embargo, el patriotismo hizo héroes de los abuelos de ese batallon que ofrece un aspecto tan extraño.

La caballería suiza, bajo el punto de vista pintoresco, es una de las mas interesantes que conocemos. Compuesta de caballos fuertes y robustos, propiedad del jinete que los monta, no es elegante en verdad, pero si

de una solidez á toda prueba.

Terminado el desfile, toda la division se lanzó contra un enemigo supuesto que se fingia ocupaba las alturas de la meseta de Aeschi. Despues de un vivo fuego de artilleria y fusileria que duró algunas horas, los batallones subieron al asalto. La caballería cargó sobre el flanco de la colina, en medio de una poblacion inmensa que habia acudido de todas partes por un admirable dia de otoño. A la una la posicion estaba tomada, y el ejército ocupaba las alturas de Aeschi; se habian oido los últimos disparos, y las tropas se volvieron á sus acantonamientos por todos los caminos y todos los senderos que surcan ese pais, uno de los mas fértiles y ricos del mundo.

Un refrigerio servido al aire libre reunia despues, en torno del consejo federal, al estado mayor de la division con los oficiales extranjeros y algunos convidados. La presencia de oficiales extranjeros en estas maniobras del ejército suizo, prueba los progresos realizados en estos últimos años, y que esas milicias ciudadanas ocupan hoy un honroso puesto al lado de los ejércitos per-

manentes.

El 21 de setiembre fué licenciada la division, y mientras estuvo reunida, no se ha observado ni la falta mas ligera contra la disciplina. A. B.

Revista de Paris.

Dicese que el fin del otoño será este año brillantísimo en Compiegne. Entre los personajes que ilustrarán estas últimas fiestas de la temporada, se cuenta el archiduque Maximiliano, acompañado de la princesa Carlota, así como tambien figure en ellas quizá el rey de Grecia que acaba de llegar á Paris, y ocupa las habitaciones del pabellon de Marsan en el palacio de Tullerías. El emperador se encuentra aun en Saint-Cloud, y no saldrá para Compiegne hasta el regreso de la emperatriz Eugenia, que está recorriendo la España con gran contento de las poblaciones que recuerdan su origen.

Entre tanto Paris no tiene otro asunto de conversacion que el famoso globo de Nadar, cuyo dibujo hallarán nuestros lectores en este número, y de cuya ascension dimos cuenta tambien en la revista de la semana precedente. Dijimos entonces, que el intrépido fotógrafo lejos de darse por vencido, anunciaba otra excursion aérea para el domingo 18, y en efecto, se están ha-

ciendo todos los preparativos oportunos.

Los periódicos de la semana están llenos de relaciones sobre las peripecias del desgraciado viaje del Gigante, y entre ellas, la que ofrece mayor interés es la del príncipe Sayn Wittgenstein. A medida que el globo se elevaba, dice el príncipe, montañas de nubes de todos los colores se dibujaban con formas fantásticas por debajo y por encima del inmenso aparato. A las ocho y media, hallándose á 1,500 metros de altura, volvieron á encontrar el sol que proyectaba su viva luz sobre todas aquellas nubes, dando á aquel espectáculo grandioso y pintoresco un carácter de apoteosis. El efecto de luz sobre el globo alumbrado por abajo tenia algo de maravilloso, que durante algunos minutos mantuvo á los viajeros en una especie de éxtasis.

Cuando atravesaron las nubes mas altas sintieron como un remolino, que hizo se inclinara un momento la gigantesca máquina; pero nadie se intimidó con este sacudimiento inespe-

rado.

Todos gritaban á Godard que dirigia la carrera:

- Continuad subiendo: queremos ir tan arriba como la escala de Jacob.

Y todos sin embargo chorreaban agua, aunque no hubiese llovido; pero las brumas que habian atravesado antes de volver á encontrar la luz estaban cargadas de una niebla tan densa, que sus vestidos estaban empapados.

Al romperse la cuerda de la válvula se hallaban á una altura de unos mil metros.

La bajada se operó con suma rapidez, y los viajeros cayeron en una tierra labrada á dos leguas de Meaux.

Hubo un momento terrible cuando la navecilla tocó al suelo. Habiéndose roto la primera ancla arrojada, la casa de madera que contenia á los viajeros volcó y fué arrastrando por espacio de un kilómetro. Fácil es concebir en qué posicion debian hallarse los excursionistas en aquella carrera loca al través de los campos, sin otro punto de apoyo que las cuerdas, á las cuales se asian con rabia.

Sin embargo, todo el mundo se condujo bien; si hubo algu-

nos heridos no hubo ningun miedoso, y en suma, las heridas son insignificantes.

La princesa de la Tour d'Auvergne dió pruebas de valor y de sangre fria ; como Nadar se ocupara de ella con visible inquietud, le dijo:

- Id adonde os llama vuestro deber decapitan; cada cual en

su puesto, yo estoy en el mio.

Aunque la navecilla dió sendos golpes cuando se arrastraba, nada de lo que contenia se rompió. Llevaban treinta y siete botellas de buen vino, que halladas intactas, fueron vaciadas alegremente en tierra en lugar de haberlo sido por los aires.

Dos escopetas, dos pistolas cargadas, la vajilla y hasta una caja que contenia un pastel y trece helados, todo se halló perfectamente intacto.

En fin, cuando se pudo sujetar el globo, se llamó con la trompa á los aldeanos, que acudieron en crecido número guiados por la luz de los fanales sujetos en los cuatro extremos de la navecilla. Trajeron carros, y el Gigante y sus trece viajeros fueron conducidos á la aldea mas próxima, donde varios de ellos permanecieron todo el dia siguiente.

El príncipe añade en conclusion, que los hermanos Godard desplegaron una habilidad extraordinaria en las maniobras desde el principio de la ascension. Ellos fueron quienes viendo, ó quizás exagerándose el peligro, se empeñaron en bajar una vez rota la cuerda de la válvula. Nadar no era de la misma opinion, pero debió ceder á las observaciones de los dos aeronautas, que además de este accidente inexplicado, creyeron que el viento les llevaba hácia el mar, esto es, á una muerte segura.

Esta y otras relaciones por el estilo que se han sucedido sin interrupcion en los diarios, han venido como de molde á los parisienses para tema de discusion en esta triste semana de lluvias. ; La lluvia! Hé ahí la sempiterna fatalidad de Paris, á la que nunca pueden acostumbrarse los extranjeros, sobre todo cuando proceden de los climas donde como en el nuestro, hay en invierno y verano un cielo siempre azul y trasparente.

Nada mas curioso que el aspecto de la poblacion cuando no se encuentra preparada para recibir estos aguaceros, que lo peor que tienen es que se prolongan de un modo indefinido. La gente se disputa los carruajes de alquiler y los omnibus, y cuando todos los vehículos están llenos, lo que tiene lugar en un santiamen, se refugia en los portales de las casas esperando el arco-

El juéves último en uno de estos accidentes acuáticos, ocho ó diez personas se hallaron reunidas en una puerta cochera. El francés es confiado y hablador de suyo, y además la lluvia es un asunto de conversacion inagotable en todos los paises. La indignacion contra el clima parisiense era general, y dos de los hombres que estaban al abrigo se distinguian particularmente por sus lamentaciones.

- ; Qué tiempo! decia el uno.

- Llueve á cántaros, respondia el otro; y lleva trazas de no dejarlo en toda la noche.

- Estoy bien, habiendo olvidado mi paraguas.

-Pues á mí si me ha pillado desprevenido, ha sido por mi cara mitad que me impidió tomarle, como yo queria.

- Así son todas las mujeres ; están empeñadas en creer que no lloverá nunca.

- Justo, y es de advertir que yo presentia el chaparron, pues tengo un barómetro que no me engaña.

- ¡Ah! ¿Es una nueva invencion?

- No por cierto; mi barómetro es un dolor en un brazo, que cuando se despierta es señal de lluvia infalible.

- ¡Ay!; ay!; ay!; cómo cae!

— ¿Qué vamos á hacer? - Y á mí que me esperan á comer en casa de mi tia, una tia à quien he de heredar... es un convite de reconciliacion... si falto á la cita pierdo mi fortuna.

- Está Vd. fresco; pues ha de saber Vd. que yo me hallo poco mas ó menos en el mismo caso.

- ¿De veras?

- Sí, señor; yo voy á buscar un médico, porque mi mujer está á la muerte.

- Diablo! Concibo su impaciencia de Vd. ¿ Va Vd. lejos?

- No mucho; á lo alto del faubourg Saint-Denis.

- : Oué casualidad! Yo tambien...

- Entonces podriamos tomar el omnibus que va á pasar, y que nos llevará á ese punto.

-Sí, pero el caso es que haya asiento...

Varios omnibus fueron pasando delante del portal, y los dos interlocutores se lanzaban á la vez en pos del carruaje; pero todos iban llenos. Sin embargo, la hora se adelantaba, la lluvia arreciaba mas y mas, y nuestros dos hombres no sabian á qué santo encomendarse.

Por fin, al cabo de dos horas mortales que estaban esperando, acierta á pasar un omnibus que no llevaba sobre la portezuela la indicacion de que estaba completo; entrambos se avalanzan sobre el estribo, y se encuentran con que no hay sino un asiento.

Aquí fué ella: una acalorada discusion se suscita entre los dos aspirantes; cada cual afirma que ha llegado el primero, y queriendo impedir la toma de posesion, se empujan, se atraviesan y acaban por rodar en la calle en medio de un arroyo trasformado en torrente.

Ahora bien, mientras ellos siguen combatiendo en el lodo para conquistar el único puesto vacío que lleva el omnibus, se acerca un tercero que toma con presteza el asiento en litigio, y el carruaje se aleja al ruido de las risas que habia provocado la escena en los presentes.

Esto acabó de irritar á los dos campeones, que se asieron de nuevo y se arrastraron á casa del comisario de policía, y de aquí una queja recíproca que el tribunal competente acaba de desestimar, habiéndole parecido que hubo compensacion en los golpes dados y recibidos. Hé ahí uno de los lances á que da lugar la lluvia.

Sin embargo, como no hay mal que por bien no venga, segun dice el proverbio, si el tiempo lluvioso provoca este y otros accidentes, y si es en general muy desagradable para todo el mundo, en cambio las empresas teatrales le consideran como un beneficio especial que les dispensa la Providencia. Todas estas noches los teatros han tenido una concurrencia numerosa, y la tuvo en particular el del Vaudeville el lúnes último, gracias á una representacion, mejor dicho, á una resurreccion literaria, que atendido el éxito que ha alcanzado, creemos le será muy fructuosa en todo este invierno.

La pieza es del inolvidable Balzac, y se titula los Recursos de Quinola.

Balzac ha trazado con mano maestra en esta obra el martirologio de un inventor español, de uno de esos hombres misteriosos, prefetas inspirados, locos sublimes que atraviesan la vida poseidos de un pensamiento fecundo, con los ojos fijos en un objeto que solo ellos distinguen, tropezando en mil y mil obstáculos y muriendo demasiado á menudo oscuros y desconocidos.

El asunto era digno del novelista filósofo, y únicamente es de sentir que haya desfigurado la verdad mucho mas de lo que puede permitirse á un autor dramático.

Su héroe no es otro que el famoso navegante y mecánico Blasco de Garay, que como es sabido, hizo el primer ensayo del vapor en el puerto de Barcelona el 17 de junio de 1543, en un buque de 200 toneladas llamado la Trinidad, ensayo que salió bien, segun el informe de los peritos, y por él que recibió el inventor varias mercedes, aunque por desgracia se dejó caer su descubrimiento en el olvido,

Hé aquí ahora la fábula del drama de Balzac :

El autor nos pone en escena al hijo de un comerciante pobre amado de una rica heredera, que queriendo elevarse á su nivel, descubre la fuerza del vapor; pero carece de dinero y de apoyo; el Santo Oficio se apodera de él y trata de encerrar en sus calabozos su diabólico secreto, cuando un calavera perseguido por varias fechorías, llamado Quinola, le cobra aficion, entra á su servicio y obtiene para su amo una audiencia del rey.

Allí delante de toda la córte, Fontanares (este es el nombre del protagonista) explica á Felipe II, consternado por la pérdida de su armada, la máquina que ha imaginado para reemplazar las velas y los remos, á fin de poder navegar contra viento y marea.

El monarca le escucha, le promete si sale bien las recompensas mas brillantes, y da órden para que le entreguen un buque del Estado, del cual ha de responder con su cabeza.

Entonces comienza para el atrevido innovador una existencia erizada de peligros. La inquisicion pretende volver á apoderarse de su presa, un capitalista trata de engañarle, un ambicioso trata de hacer suyo el descubrimiento, un rival se esfuerza en suplantarle cerca de la única mujer que ama; todos quieren despojarle y perderle, y para colmo de infortunio, la querida del virey de Cataluña se enamora locamente de aquel desdichado.

Fontanares oprimido, abatido y desesperado consigue librarse de tantas emboscadas, gracias á los recursos que le crea la fecunda imaginacion de su fiel Quinola, y el dia prefijado muestra solemnemente á las autoridades de Barcelona y al pueblo un buque que navegaba por el puerto sin velas y sin remos, y que podia desafiar las tormentas.

Pero en aquel instante supremo que debe colmar sus mas caros deseos, viene á saber que su prometida ha muerto de pena habiéndose sacrificado por él, y que el ambicioso que le perseguia es proclamado autor principal del maravilloso aparato que domina las olas. A este último golpe, Fontanares exasperado hace saltar la caldera, y el buque se hunde en las aguas retrasando de dos siglos el uso del vapor, que debia trasformar el mundo.

Esta comedia escrita con vigor y llena de situaciones inesperadas, se representó por primera vez en el Odeon en 1842 con un éxito desastroso. Todas las envidias feroces que habia suscitado en Paris la superioridad incontestable de Balzac en sus novelas, se unieron para negarle la concepcion dramática, y la pieza de que vamos hablando cayó estrepitosamente, para volverse á levantar mas de veinte años despues del modo mas extraordinario y mas brillante.

Todas las ilustraciones literarias que hay en Paris asistian á esta rehabilitacion de una obra eminentemente dramática, y el busto de Balzac fué sacado á la escena y coronado á las aclamaciones de un público en delirio.

MARIANO URRABIETA.

El mundo.

II.

El mundo es una bola.

Dentro del sentido vulgar de esta palabra se encuentra contenida la definición mas perfecta y mas exacta del mundo.

No hay mas que llamar especialmente la atencion del lector subrayando la palabra bola, para que caiga en la cuenta de la expresiva significacion de esa figura.

Encierra la palabra bola una verdad fisica y una verdad moral. Es á la vez una figura geométrica y una figura retó-

rica. Es una palabra doblemente intencionada.

El mundo es una bola : asi lo pinta la astronomía despues de haber tendido sus sábias miradas por la redonda superficie de la tierra.

El mundo es una bola: así lo define la triste experiencia sacada del mismo mundo: el mundo es una bola, es decir, el mundo es una mentira.

Hay nombres que se salen del diccionario como un desocupado se sale de su casa, y sin saber qué hacerse, vienen despues de dar muchas vueltas à colocarse por gracia ó por capricho sobre ideas que no estaban aun perfectamente definidas.

Esos nombres caen sobre las cosas, como entra un

rayo de sol alegre y festivo en una habitación alumbrada

por la triste claridad de una lampara.

Bola: hé ahí una palabra que ha estado rodando por la larga extension del diccionario sin descubrir toda la profundidad de su sarcástico sentido hasta que ha tropezado con el mundo.

De la misma manera el pedernal testarudo ocultó la chispa escondida en sus duras entrañas hasta que el acero tuvo la feliz ocurrencia de ponérsele delante y

chocar con él abiertamente.

La chocante comunicacion del acero y de la piedra ha producido el luminoso descubrimiento de la chispa, de la relacion superficial del mundo con la bola ha saltado à nuestros ojos un rayo de luz.

Hé ahí cómo sin pasar de la superficie del mundo he-

mos llegado á su mayor profundidad.

El mundo es una mentira. Para descubrir una mentira es preciso ahondar mucho, porque la mentira es una cosa cuyo secreto consiste en ocultarse tenazmente detràs de todas las superficies de la verdad.

Es lo falso que mata á lo cierto para cubrirse con su

piel.

Decidme cómo podria pasar un duro de plomo si no tuviera la precaucion de esconderse detràs de las artificiosas apariencias de veinte reales.

Habreis observado que me sirvo con frecuencia de la moneda para echar sobre mis pensamientos la claridad

de las comparaciones. Yo conozco muy bien el espíritu literario y retórico del mundo, y sé que en ninguna parte se fija la atencion con mas empeño que en aquellas en que se ve el brillo ó se siente el sonido de un par de duros.

Si esto es un abuso, tened entendido para la tranquilidad de vuestra conciencia, que no es mas que el uso legitimo del dinero que se me viene à la mano.

¿Con qué habia de convenceros mas pronto y mas victoriosamente que presentandoos el testimonio irrefragable, la prueba concluyente de veinte reales?

¿Se ve hoy algo con claridad sin la ayuda de esa luz blanca y amarilla que brota del dinero?

¿ No es el dinero el que nos hace abrir los ojos y cer-

rar las manos? ¿Qué hombre se atreveria à pensar siquiera sin consultar antes el oráculo infalible de su bolsillo?

Poned francamente la mano sobre el corazon de la época, que es el negocio, y decidme : ¿Hubiera pensado M. Ernesto Renan en su Vida de Jesus, sin las activas sugestiones de un bolsillo vacio ó de una codicia insaciable?

¿Cómo se hubiera atrevido ese sabio moderno á perder el tiempo en cubrir con el velo de su falsa literatura la divinidad del Hijo de Dios, si no hubiera creido y es-

perado que iba á descubrir un rio de oro? Gran especulador, ha conocido el inmenso valor de la joya que iba à poner en venta, y ha contado de antemano los ignominiosos millones de su ganancia.

El sabio ha estudiado muy bien el negocio.

¿ Qué ha hecho mas que desamortizar los bienes universales de una creencia santa y verdadera para hacerse rico?

Esta es la gran especulacion de la ciencia del interés. El mundo es asi: os muestro un duro para que mireis; lo hago sonar para que atendais.

Basta que sea duro; no importa que sea falso.

Pero el dinero es la primera mentira del mundo. Es el brillo con que está dorada esta bola que todos nos resistimos à tragar.

Es el sofisma à cuyo falso impulso rueda la bola. Es el color, no el cuerpo; es la forma, no la esencia;

es el aire, no la vida; es un medio, no un fin. No es, propiamente dicho, una verdad; si lo fuera, lo seria para todos, y el dinero no es mas que para los ricos.

Extraña verdad seria esa que todos la buscan con incansable afan, y apenas hay quien la encuentra.

El dinero es una apariencia que se deshace al primer choque de la fortuna, un poco de humo que se disipa con el mas ligero soplo de la adversidad, un brillo que se apaga con el solo contacto de la desgracia.

La verdad es la pobreza, la miseria universal. Ved si no à todos los hombres agitandose, codeanse, empujandose; pidiendo dinero, buscando dinero, tomando dinero como un enjambre de mendigos.

Tomamos la codicia por riqueza, la necesidad por sa-

tisfaccion. El bolsillo no tiene medida.

Aqui empieza el mundo que tengo delante. Este mundo que vosotras, pobres criaturas que vivis encerradas entre las cuatro tapias de la humilde aldea en que habeis nacido, no conoceis.

Este mundo que no ha salvado aun la montaña, el rio, el valle con que la naturaleza os tiene sitiadas.

Este manantial de oro que no ha ido todavía á fecundar la tierra agradecida de vuestra graciosa huerta. Esta brillante agitacion que no ha ido hasta ahora á

turbar la dulce paz de vuestra vida sosegada. Esta sabiduría que no os ha enseñado aun á mentir

ni á engañaros. Esta civilizacion que no ha ido todavía á deciros có-

mo podeis aborreceros. Este desesperado bienestar que aun no ha ido á turbar la tranquilidad de vuestro trabajo ni el sosiego de

vuestro sueño. Esta riqueza que no ha ido todavía á revelaros hasta dónde pueden llegar las angustias de la miseria.

Esta vida decrépita que no ha podido aun robaros la lozania de vuestra salud, porque no ha podido manchar la limpieza de vuestras costumbres.

Esta ciencia que no ha podido aun corromper vuestro corazon; esta literatura que no ha conseguido todavia extraviar vuestros sentimientos.

Este vicio culto, fino, ilustrado, que aun no ha llegado hasta vosotras y no ha podido arrancaros todavia las virtudes sencillas, modestas y cristianas que anidan en vuestro corazon, como los pájaros alegres anidan en las gallardas copas de los árboles que guardan las puertas siempre abiertas de vuestras humildes casas; ó à la sombra amiga y segura del techo fragil é inclinado de vuestras pobres viviendas.

Este es el peristilo del mundo que vosotras no cono-

ceis.

Por esa gran puerta se entra en este gran mundo donde los pajaros están prisioneros, donde las flores son contrahechas, donde cada jardin es un artificio, cada arbol un preso, donde la vegetacion risueña y espontanea huye deteniéndose à lo lejos como una paloma espantada.

Aqui, donde apenas se ve el cielo, nublado por la soberbia sombra de nuestros magnificos edificios, aqui donde el sonido de las campanas quiere decir « fuego, » donde el agua huye precipitada ó salta impetuosa como si quisiera romper las ligaduras de piedra que la contienen, aqui, en fin, que la tierra es de tal naturaleza que no se puede dar un paso sin tragar polvo ó pisar lodo; aqui, ¿qué habiais de hacer vosotras?

Este es el plano general del mundo que ignorais. Sobre este lienzo se desarrollan todos los variados colores, la movible riqueza de esos otros mundos que aqui lleva cada mujer à la espalda como el saco donde el vicioso lleva sus vicios y el jorobado su joroba.

Abramos uno de estos mundos.

Pero es tarde, la pluma se cansa, el papel se acaba, la luz se enturbia y el correo se va.

Dejadme otros ocho dias, y os descubriré todos los ricos secretos, los opulentos misterios de esos pobres mundos.

Ocho dias mas y vereis todo lo que yo estoy viendo.

Jose SELGAS.

La manima de queera anglo-americana.

La guerra civil americana, causa de tantos estragos, ha servido sin embargo á la Europa, bajo el aspecto militar, de escuela instructiva. El encarnizamiento de ambos contendientes les ha hecho desplegar en una escala inmensa todos los recursos del arte de destruir, y aplicar al adelantamiento de las máquinas de guerra todos los descubrimientos de la ciencia y todos los prodigios de la mecanica industrial.

Al mismo tiempo que deploramos esta guerra gigantesca, no podemos menos de interesarnos en apreciar la utilidad inherente al estudio atento de sus diversas vicisitudes, puesto que casi puede decirse que no trascurre un solo mes sin que ocurra algun hecho nuevo que resuelva problemas importantes de la ciencia, ó demuestre la falsedad de las soluciones que se tenian por verdaderas.

De este modo el *Merrimac*, en su corta carrera y à costa de dos fragatas federales, ha puesto fuera de duda la inutilidad de construir en adelante buques de madera. El Monitor ha demostrado en cambio, á costa del Merrimac, que el poder de un buque depende de la impenetrabilidad de su coraza y de la fuerza de proyeccion de sus cañones, habiéndose estrellado á su vez con una flotilla entera en las baterias y fortificaciones que defendian al rio James. Este contratiempo, que al parecer ha probado en definitiva la superioridad de las fortificaciones de piedra sobre la artilleria naval, ha servido de argumento al ministerio inglés para obtener del parlamento los fondos necesarios para cercar a Portsmouth de fuertes, y dos meses despues la rapida destruccion de los fuertes Sumter y Moultrie por la armada federal vuelve à suscitar nuevas dudas, y da por de pronto la ventaja à las baterias flotantes.

La argumentacion de lord Palmerston en la camara de los Comunes consistió en sostener que no se podria dar à los fuertes flotantes (ya que bajo este aspecto debemos considerar en adelante a los buques de guerra) ningun medio de ataque ó de defensa que no se pueda asegurar al mismo ó mayor grado a las fortificaciones fijas. Mientras que el uso de los cañones de gran fuerza de proyeccion y por consiguiente de un peso enorme, se opone à la estabilidad necesaria en los buques de guerra, y complica sobremanera el problema de su construccion, una bateria fija, con la tierra por base, puede recibir cañones de un peso indefinido, y como se comprende, la ventaja queda siempre à favor de las fortificaciones terrestres. Semejante raciocinio parecia irrefutable, pero se ha visto que era erróneo en vista de lo ocurrido en Charleston, en donde á pesar de toda la ciencia de Beauregard, los fuertes Sumter y Moultrie, tenidos por inexpugnables, han sido arrasados por la flotilla federal.

Dos razones explican este resultado. Los marinos de la flotilla por una parte, al amparo de las torrecillas de las baterias flotantes, estaban mucho mejor protegidos que los defensores de los fuertes, y la coraza de los monitores por la otra, oponia à la accion de los proyectiles una resistencia mucho mas eficaz que cualesquiera materiales empleados por los sitiados para resguardar sus obras. ¿Hemos de concluir por esto con uno de los opositores a las fortificaciones de Portsmouth, que creia

probar de este modo el absurdo de la argumentacion de lord Palmerston, que seria preciso, no solo acasamatar todas las baterias costaneras, sino tambien revestir con una coraza de hierro toda la extension ocupada por las fortificaciones que puedan construirse en lo sucesivo? Interminable ocupacion seria sin duda para los herreros y fundidores, y la cuadratura del circulo para los ministros de Hacienda. Hé aqui porque los partidarios de las baterías flotantes creen en este momento haber ganado la batalla.

Acaso dentro de poco la perderan de nuevo, y por este motivo, lejos de entrar en la discusion de este problema, creemos mas útil formular sus verdaderos términos, exponiendo los progresos mas recientes que han hecho los americanos en la arquitectura naval.

Comencemos por los confederados. La primera tentativa de la flotilla federal para forzar el paso de la rada de Charleston, habia sido vana, los confederados se habian servido contra ella de un nuevo cañon, del cañon Brooks, rayado, y que despide un proyectil enorme, muy largo, y terminado en una punta de acero. Muchos monitores, que iban à la cabeza de la flotilla, sufrieron tan considerables averías, que los federales renunciaron

à prolongar la lucha.

Este resultado llenó de gozo à los sitiados. ¿ Qué les faltó para conseguir una victoria completa? Solo la facultad de aprovecharse de todas sus ventajas. Un Mcrrimac con cañones Brooks daria buena cuenta de toda la flotilla federal. Pusieron pues en seguida manos á la obra, y construyeron el Atlanta, que ha costado un millon de dollars. Es un magnifico navio de tres puentes que mide trescientos piés de longitud; el puente superior destinado á la artillería, no tiene sino doscientos piés de largo sobre cuarenta de ancho; los costados del buque presentan pues la inclinación adoptada pór los ingleses en la construcción de los buques blindados. Las máquinas de vapor están en el centro, y los almacenes delante y detras. Su armadura tiene un pié de espesor, y se compone de barras de hierro forjado de dos pulgadas de grueso, colocadas verticalmente; debajo de estas hay otras barras dispuestas horizontalmente; vienen despues cuatro pulgadas de encina, y por último, otras cuatro pulgadas del pino mas fuerte de América; las aberturas de las escotillas están protegidas por un revestimiento adicional de encina y de hierro. El armamento se componia de dos cañones Brooks de seis pulgadas en cada lado del buque, y de dos cañones Brooks de siete pulgadas, sobre un eje, uno en la popa y otro en la proa.

Los confederados no dudaron un instante que el Atlanta, armado de este modo, disiparía toda la armada federal, y en esta creencia le pertrecharon de municiones como para una larga campaña, y así se comprende que al bajar por el paso de Warsaw, al romper el dia, para salir en busca de sus enemigos, fuese acompañado de barcos de vapor destinados a traer las presas que no podian menos de hacer. Pero los sitiadores por su parte no habian estado inactivos, puesto que la derrota que sufrieron les habia servido de leccion. En cuanto se divisó el Atlanta desde la armada federal, un monitor nuevo, el Weehawken, salió á su encuentro. Sus dimensiones no eran siquiera iguales à la tercera parte del Atlanta. Solo tenia una torrecilla y dos cañones, pero eran cañones de 15 pulgadas, que despedian balas de 440. La batalla que se empeño entre ambos adversarios duró un cuarto de hora escaso. El Weehawken tiró por junto cinco cañonazos: la primera bala de 440 hizo un agujero en la coraza y los costados del Atlanta, y puso fuera de combate à 40 hombres de su tripulacion, heridos ó contusos por las astillas de madera ó los trozos de hierro : la segunda bala se llevó una de las portas ó troncras, matando ó hiriendo 17 hombres; las tres siguientes arrancaron de cuajo la garita del piloto, la chimenea y un paño de la coraza; y el Atlanta, à punto de irse à fondo, tuvo que arriar su pabellon.

El Weehawken, autor de tales hazañas en el corto espacio de quince minutos, dista mucho de ser la última invencion de los constructores de buques del Norte. Es muy inferior al Roanoke, que lleva tres torrecillas, armadas cada una con dos cañones de 15 pulgadas, que despiden balas de 440. El Roanoke tiene además en la proa un espolon de una dimension y una fuerza superior à cuantos se han ensayado hasta ahora; su coraza es aun mas gruesa que la del Weehawken, y sus torres estan construidas con verdaderas masas de hierro; además anda bien en la mar, y hace con una velocidad media de diez nudos la travesia de Nueva York à la rada de Hemplon, que ha sido fatal a uno de los pri-

meros monitores.

Sin embargo, se ha abandonado el modelo del Roanoke, y varios incidentes del sitio de Charleston han sugerido la idea de hacer muchas modificaciones, y nueve buques, que se pensaba construir por los planos del Roanoke, se harán con arreglo a un nuevo modelo. Uno solo se ha acabado á esta fecha, que se llama el Canonicus. Se ha intentado conciliar en este nuevo buque la impenetrabilidad de los monitores con el poder destructor de los arietes y la celeridad de la navegacion. Las maquinas del Canonicus tienen doble fuerza que las de todos los buques de coraza puestos hasta ahora à flote, y corre regularmente unos doce nudos por hora. Esta velocidad sorprendera aun mas conocido el peso de su armamento. Todo el casco está ceñido de dos barras de hierro de seis pulgadas de gruese, sujetas sólidamente à la madera, descansando en ellas planchas de hierro forjado de cinco pulgadas de espesor. La armadura del Canonicus se compone por tanto de una co-

raza de hierro de 11 pulgadas de espesor, además de la madera y de las otras defensas del buque. La torre está hecha con masas de hierro de un pié de grueso, la garita del piloto con masas de diez pulgadas y la chimenea de ocho. El Canonicus tiene 237 piés de largo por 46 de ancho, y lleva delante un espolon de 12 piés, todo de hierro. En fin está armado, como sus antecesores, con cañones Dalhlgreen de 15 pulgadas, que lanzan proyectiles de 440.

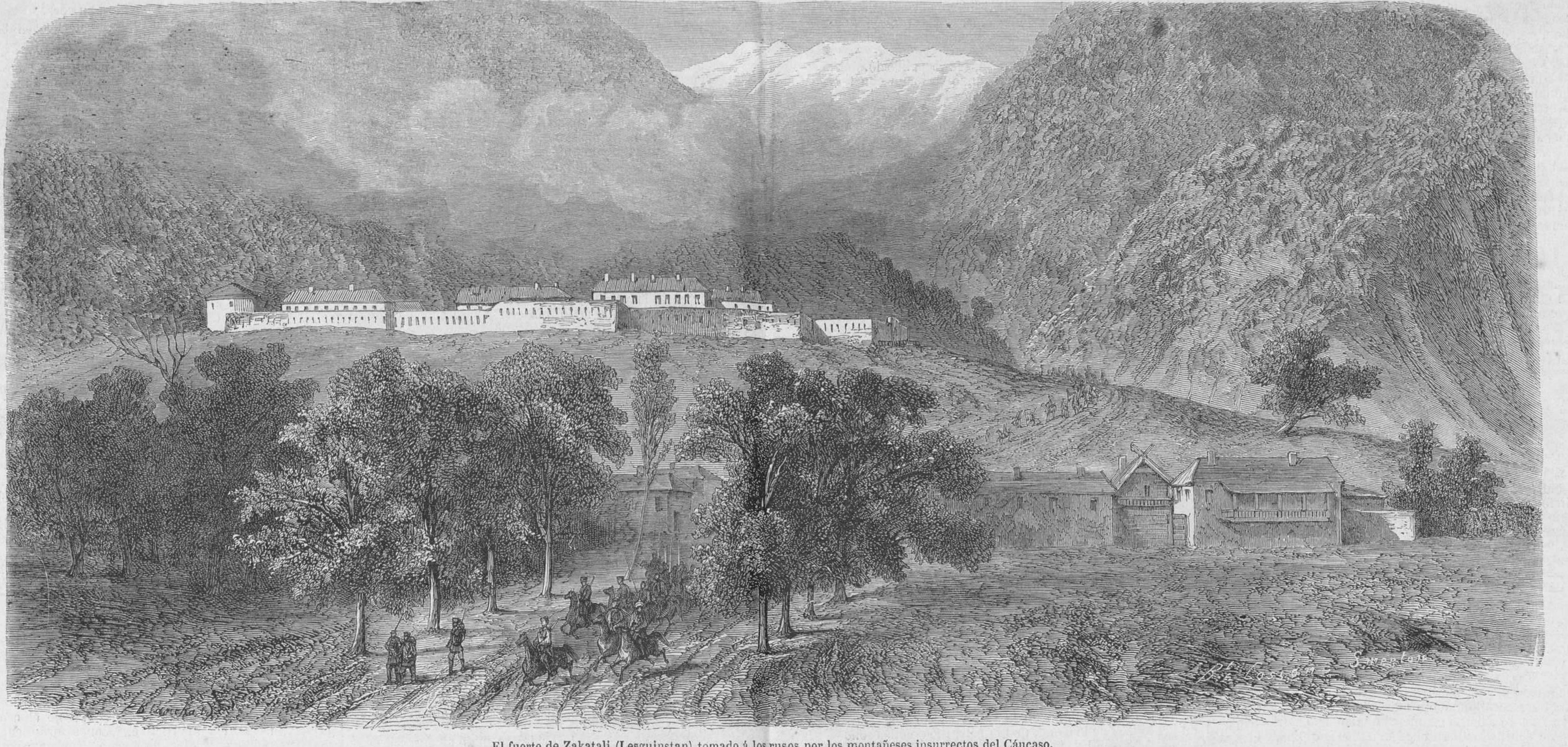
No hay duda de que el Canonicus es una formidable maquina de guerra. Se ha construido con arreglo al principio adoptado definitivamente por los americanos, a saber, que el número de los cañones importa mucho menos que su poder de proyeccion y el peso de la bala. Su coraza está dispuesta de suerte que puede resistir á los proyectiles mas temibles, y sus cañones son del calibre mas grande que se han fundido hasta ahora. Solo resta averiguar si puede hacer una larga navegacion, si ha de limitarse á desempeñar un papel puramente local, ó si su accion puede extenderse a todos los mares. Hé aqui la cuestion fundamental.

El Daghestan.

El nombre de Daghestan significa en tataro moderno, altas tierras, pais de montañas. Aunque no tiene ninguna de las altas cimas con que se enorgullece el Caucaso, la cresta central es una de las mas elevadas entre las grandes cordilleras de montañas que surcan el globo, como lo atestiguan las nieves eternas que la cu-

Limitado al Norte por la grande y la pequeña Tchetchenia y las grandes estepas de Astrakhan, al Este por el mar Caspio, al Sur por el Chirvan y el Lenkoran, al sudoeste por la Georgia, al Oeste por el pais de los ossettes y la vasta grieta que con el nombre de Darial corta en dos partes casi iguales la cordillera del Caucaso, aislado por consiguiente del mundo entero, el Daghestan ha sabido mantener en respeto las fuerzas de la Rusia durante mas de veinte años; bastándose à si mismo ha podido combatir siempre y vencer con frecuen-cia; por ahora, está vencido, no sometido, y la prision de Chamyl no habra sido mas que una interrupcion en la resistencia.

Sin embargo, últimamente ha habido una toma de armas, y el fuerte de Zakatali en el Lesguinstan ha cai-do en manos de esos montañeses que combaten por su



El fuerte de Zakatali (Lesguinstan) tomado á los rusos por los montañeses insurrectos del Cáucaso.

soberanía. Esto no es mas que un hecho aislado, pero

Hay un punto desde el cual se puede descubrir casi todo el Daghestan, y es la cumbre del Koronai: nada mas admirable que ese panorama. En el fondo de un valle que riega el Koi-su, a dos mil metros debajo del espectador aparece como un puntito Guimry, aldea donde Chamyl ha venido al mundo. El otro lado del valle está cerrado por un muro perpendicular, de una altura igual y que dominan los nevados picos de la arista central. Este lugar es la imágen del caos. Untzukul, Tchirkate, Akhulgo, que se distinguen en medio de las asperezas de esa naturaleza desolada, han sido teatro de hechos de armas, que aunque ignorados, fueron prueba del heroismo que entrambos adversarios desplegaban; torrentes de sangre han corrido, pero las nieves siguen tan blancas, los arroyos tan cristalinos, los árboles tan frondosos, y el amor á la independencia tan ardiente en el corazon de los defensores de esa comarca, que no ha cesado de ser teatro de la lucha de los elementos, sino para ser testigo de la lucha de los hombres. P. B.

El Incero del manantial.

EPISODIO DE LA DICTADURA DE DON JUAN MANUEL ROSAS.

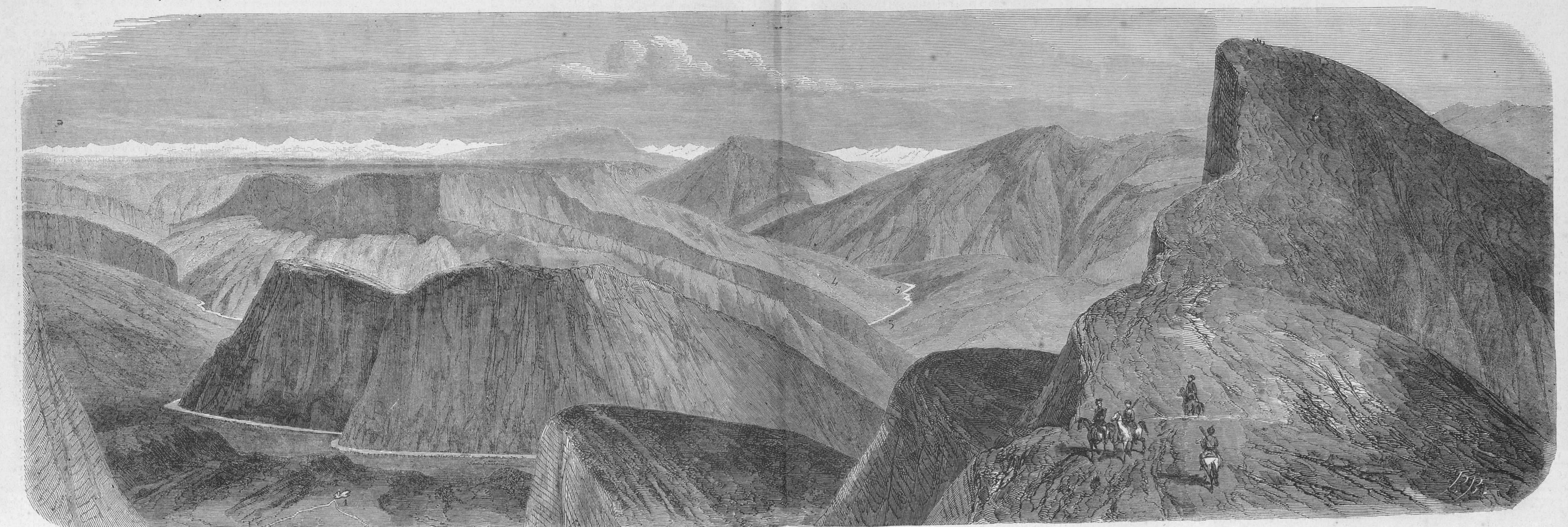
MARIA.

Era la hora en que calla el áspero relincho del potro salvaje; en que el *coyuyo* se adormece sobre el sinuoso tronco de los algarrobos, y en que el misterioso *pacui* comienza su lamentable canto.

La luna alzaba su disco brillante tras los cardos de la inmensa llanura; y su argentado rayo, deslizándose entre el frondoso ramaje de los *ombús* y las góticas ogivas
de la ventana, baña con amor el dulce rostro de Maria.
Viajero del Plata, en vuestras lejanas excursiones en
la campaña, ¿ oísteis hablar de Maria?
Su recuerdo vive todavía en las tradiciones del Sur.

Maria era la flor mas bella que acarició la brisa tibia de la Pampa.

Alta y esbelta como el junco azul de los arroyos, semejabale tambien en su elegante flexibilidad. Sombreaba su hermosa frente una espléndida cabellera que se extendia en negras espirales hasta la orla de su ves-tido. Sus ojos, en frecuente contemplacion del cielo, habian robado à las estrellas su mágico fulgor; y su



Panorama del Daghestan, tomado de la cumbre del Koronai. — 1 Guimry. — 2 Untzukul. — 3 Akhulgo. — 4 Achilta. — 5 Tchirkate.

voz dulce y melancólica como el postrer sonido del arpa, tenia inflexiones de entrañable ternura que conmovian el corazon como una caricia, y cuando en el silencio de la noche se elevaba cantando las alabanzas del Señor, los pastores de los vecinos campos se prosternaban creyendo escuchar la voz de algun angel extraviado en el espacio.

El viajero que à lo lejos la divisaba pasar envuelta en su blanco velo de virgen, à la luz del crepúsculo,

bajo las sombras de los sauces, exclamaba:

- ¡Es una hada!

Pero los habitantes del Pago respondian:

- Es la hija del comandante, el Lucero del MA-NANTIAL.

En los últimos confines de la frontera del Sur, cerca de la linea que separa à los salvajes de las poblaciones cristianas, en el Pago del Manantial y entre los muros de un fuerte medio arruinado, habitaba Maria al lado de su padre, entre los soldados de la guarnicion.

El adusto veterano, antiguo compañero de Artigas, desarrugaba solo el ceño de su frente surcada de cica-

trices para sonreir à su hija.

Para aquellos hombres hostigados por frecuentes invasiones y cuyos rostros tostados por el sol de la Pampa expresaban las inquietudes de una perpétua alarma, era María una blanca estrella que alegraba su vida derramando sobre ellos su luz consoladora.

Pero ella, que era la alegria de los otros, ¿ porqué estaba triste? ¿ qué sombra habia empañado el cristal

purisimo de su alma?

La hora del dolor habia sonado para ella, y María pensaba... pensaba de amor.

UN SUENO.

Una noche vino à turbar una vision el placido sueño

de la virgen.

Vió un vasto campo cubierto de tumbas medio abiertas y sembrado de cadaveres degollados. De todos aquellos cuellos divididos manaban arroyos de sangre, que uniéndose en un profundo cauce, formaban un rio cuyas rojas hondas murmuraban lúgubres gemidos y se ensanchaban y subian como una inmensa marea.

Entre el vapor mefitico de sus orillas y hollando con planta segura el sangriento rostro de los muertos, paseábase un hombre cuyo brazo desnudo blandia un

puñal.

Aquel hombre era bello, pero con una belleza sombria como la del arcangel maldito; y en sus ojos azules como el cielo, brillaban relampagos siniestros que helaban de miedo.

Y sin embargo, una atraccion irresistible arrastró á María hacia aquel hombre y la hizo caer en sus brazos.

Y él, envolviéndola en su sombría mirada, abrazó sus labios con un beso de fuego, y sonriendo diabólicamente, rasgóla el pecho y la arrancó el corazon, que arrojó palpitante en tierra para partirlo con su puñal.

Pero ella, presa de un dolor sin nombre, se echó a

sus piés y abrazó sus rodillas con angustia.

En ese momento se oyó una detonación, y Maria dando un grito se despertó.

EL ENCUENTRO.

- ¡Era un sueño! exclamó palpando su pecho virginal agitado todavía por los tumultuosos latidos de su

corazon. ¡Era un sueño!

Y pasando la mano por su frente para alejar las últimas sombras del terrible ensueño, Maria saltó del lecho, vistió sus ropas de fiesta, trenzó con flores su larga cabellera, y sentada gallardamente sobre el lustroso lomo de un brioso alazan, dióse gozosa a correr por los frescos oasis, sembrados como una via láctea en las inmensas llanuras del Sur.

De repente el fogoso potro robado a las numerosas manadas de los salvajes, aspirando con rabioso deleite las magnéticas emanaciones que el viento traia de su agreste patria, sacudió su larga crin, mordió el freno, y burlando la débil mano que lo regia, partió veloz como una flecha, saltando zanjas y bebiendo el espacio.

Maria, pálida de espanto, vióse arrebatar lejos del limite cristiano, al través de las complicadas sendas que trillan los barbaros con el afilado casco de sus corceles; v su terror crecia à la vista de un bosque negro que terminaba el horizonte, y entre cuyo ramaje el miedo dibujaba sombras confusas que se agitaban.

De improviso vibro en el aire un silbido extraño semejante al chillido de un águila, y el caballo, embolado por una mano invisible, se abatió sobre sí mismo à tiempo que la jóven se deslizaba al suelo sin sentido.

Al volver en si, se encontró reclinada en los brazos de un hombre, y con la megilla apoyada en su pecho. Ese hombre era sin duda quien la habia salvado; y María, separándose de sus brazos, alzó hácia él una mirada de gratitud.

Era jóven y bello; pero al verlo María dió un grito y

volvió à caer exanime à los piés del incógnito.

Aquel hermoso jóven era el fantasma de su sangriento

AMOR Y AGRAVIO.

Ocho dias mas tarde, María velando inquieta, con el

oido atento y la mirada fija, medio desnuda y oculta tras las vetustas ogivas, esperaba todas las noches à un hombre, que llegando cautelosamente al pié del ombú asiase à sus ramas, escalaba la ventana y caia en sus brazos.

Y la jóven lo estrechaba en ellos con pasion; y apartándolo luego de si, contemplabalo con delicia y volvia

à arrojarse en sus brazos exclamando:

- Manuel, Manuel! ¿porqué te amo tanto, à ti que no sé quien eres, à ti el terrible fantasma de mi sueno?... Y sin embargo, quien quiera que seas, vengas del cielo ó del abismo, y aunque despedaces mi pecho y me arranques el corazon, ¡te amo, te amo!

Y Maria deliraba de amor, hasta que la luz del alba le arrebataba à su amante, que deslizandose furtivamente entre el oscuro ramaje, se desvanecia con las

sombras.

Pero una vez Maria lo esperó en vano. Y desde entonces, cada noche, sola y con el corazon palpitante de dolorosa ansiedad, vió pasar sobre su cabeza y perderse en el horizonte todos los astros del cielo, sin que aquel que alumbraba su alma volviera à aparecer jamas.

Por ese tiempo, la antorcha de la guerra civil abrasó aquellas comarcas, y el fragor del cañon homicida aho-

gó las risas y los gemidos.

DIEZ AÑOS DESPUES.

En las últimas horas de un dia de verano, una silla de posta atravesó rapidamente las calles de Buenos Aires, y entró al patio de una hermosa casa en la calle de la Victoria. Un hombre de porte distinguido que asomado à un balcon parecia esperar con impaciencia, bajó presuroso y adelantandose al cochero, corrió a abrir la portezuela del carruaje, tendiendo los brazos à una bellisima mujer que se arrojo à su cuello.

- Mi amada Maria!

- ¡Amigo mio!

Exclamaron ambos à la vez estrechandose con ternura.

- ¿Y mi hijo?... ¿ mi Enrique? dijo de pronto la dama arrancándose de los brazos de su marido y tendien-

do en torno una codiciosa mirada.

- Nuestro hijo, respondió el haciendola entrar en un magnifico salon; nuestro hijo, amada mia, se halla en esta hora en el momento mas solemne de su vida escolar: da un brillante examen. Acabo de dejarlo triplemente coronado; pero el premio mas grato para él será el beso de su madre.

- ¡ Querido niño! ¿Es tan bello como á los doce

años? ¡Oh... Alberto... perdon!

- Perdon; ¿ y de qué, amada Maria? ¿ De ser una buena madre como eres una buena esposa? Al contrario; gracias por el amor que guardas para ese hijo cuya ternura ha alumbrado los tristes dias de tu ausencia en los cinco años que me has dejado aqui solo. ¡Ah!¿ qué placer encontrabas en habitar en Córdoba, lejos de tu hijo... lejos de tu esposo?

- ; Oh, Alberto, noble y generoso corazon! exclamó

ella, doblando una rodilla ante su marido.

Alberto la alzó en sus brazos.

- Todavía esa injusta timidez, todavía esos importunos recuerdos; me habias prometido desecharlos y ser feliz.

 Y soy dichosa, amigo mio. ¿ Quién no lo seria cerca de ti? Pero a medida que el tiempo pasa, la audaz confianza de la juventud desaparece reemplazandola medrosos recelos. ¿Sera falta de fe? No, pues yo creo en ti como en el Dios del cielo; pero mientras mas grande, mientras mas sublime me aparecias, menos digna me encontraba de acercarme à ti, y lo que tu llamas obstinacion era un doloroso ostracismo.

- ; Pobre Maria! que nunca te oiga hablar así, nunca... te lo pido en nombre de tu hijo. Toca este corazon; es tu mas firme apoyo. Reposa confiada sobre él,

pues solo alienta para ti.

- ; Oh, Dios mio! dijo ella reclinandose en el seno de su marido, y elevando al cielo una mirada de gratitud. ¡Dios mio! bendito seas porque has enviado al mundo degenerado que te reniega estos seres de paz, de indulgencia y de amor para redimir su iniquidad y hacernos creer que en verdad formaste el hombre à tu divina imagen. Diez y seis años han pasado, diez y seis años...; y en cada uno de sus dias, en cada una de sus horas vi brotar en ese corazon, elevarse y resplandecer, alguna nueva virtud. Diez y seis años hace encontréme un dia abandonada, sola entre mi dolor y un secreto terrible. La muerte era mi único recurso; pero yo no podia morir. Junto à mi corazon desgarrado palpitaba otro corazon que me pedia la vida y me encadenaba a una existencia de oprobio. Tú me apareciste entonces, Alberto. Te amo, me dijiste, y mi amor ha penetrado el secreto de tu dolor. ¿ Quieres conflarte à mi? Yo seré tu esposo, tu amigo, y... me dijiste al oido, el padre de tu hijo.

- Y bien, y bien, la interrumpió Alberto con esa brusca genialidad que emplean las almas generosas para velar su grandeza. Vaya un gran mérito. Cumplir con una mision que nos haga feliz... Desgraciadamente, amada mia, no siempre es tan facil conciliar el deber con la felicidad. Hoy, por ejemplo, colocado entre el corazon y la conciencia, voy a sacrificar al deber la dulce costumbre de una antigua amistad. Yo que hasta ahora he sostenido a mi amigo con todos los recursos de mi influencia, voy à enarbolar contra él el estandarte

de la oposicion; y el cuerpo legislativo, que actualmente presido, me vera con asombro alzarme contra el voto que pretende dar à Rosas la facultad de reunir todos los poderes del Estado.

A estas palabras de su esposo, María palideció.

- Oh! Alberto, dijo estrechando su mano con terror, en nombre del cielo, no toques la garra del tigre, porque te despedazara... te despedazara y hara de tu cadaver una grada mas para escalar la cima del poder.

- Y bien, amiga mia, moriria con la muerte de los buenos en el cumplimiento del deber. Pero tranquilizate, amada Maria, Rosas tiene un alma capaz de comprender mi sacrificio, y me conservara su estimacion, aunque me haya quitado su amistad.

En ese momento un ugier anunció à Alberto que la camara reunida esperaba à su presidente para discutir

la importante cuestion de aquel dia.

Alberto despidió al ugier y volvió hácia su mujer una

mirada de ternura.

- Lo ves, querida mia, la dijo, mi sacrificio comienza desde ahora. Apenas he tenido tiempo de posar mis ojos en tu semblante, la voz del deber me llama lejos de ti; y aunque sea por muy pocas horas, toda separacion en este momento me parece eterna...

Alberto se interrumpió. Habriase dicho que sus palabras encontraron algun eco misterioso en el fondo de

su alma.

Pero reponiéndose luego, dijo à su esposa sonriendo: - Te dejo, amiga mia; pero voy a enviarte a Enrique, y él desvanecerá para siempre esos importunos recuerdos que turban todavia la paz de tu alma.

Y besando tiernamente la mano que ella le tendia, salió, no sin volverse muchas veces para contemplarla.

VI.

MADRE E HIJO.

Cuando la dama quedó sola, alzó los ojos al cielo con

dolorosa expresion.

- ¡Jamas! exclamó, ¡jamas!... Nunca se borrará esa imagen que encuentro siempre en el horizonte de mis recuerdos, en el semblante de mi hijo y en mi propio corazon. He ahi esa frente altiva y meditabunda, he ahí esos rasgados ojos azules de tan sombria y sin embargo tan hermosa mirada...; Manuel, Manuel!

La puerta se abrió con estrépito, y un hermoso mancebo de diez y seis años, de porte arrogante y risueña expresion, se precipitó en la sala y corrió à arrojarse en los brazos de la dama, que lo estrechó en ellos sollozando y besó mil veces sus megillas y su frente.

— ¡Qué hermosa eres, mama! decia el jóven contemplando extasiado el radioso semblante de su madre. Aunque tenia muy presentes las facciones de tu rostro, no creia que fueras tan bella. ¡Bendicion del cielo! Dejar la fria atmósfera del colegio, para venir à contemplar los rayos de este bello sol que da vida à mi vida y calor à mi alma.

- Poeta! poeta! decia ella sonriendo tiernamente à su hijo y meciéndolo como à un niño en sus rodillas.

Me esta recitando un madrigal.

 A propósito, dijo el jóven dejando su actitud de abandono y sentandose al lado de su madre, Manuela Rosas me envió su album pidiéndome un soneto. ¡Y lo habia olvidado! ¡Ya! la veo tan pocas veces. Y no porque ella no sea una criatura amabilisima; pero me aleja de su lado el extraño sentimiento que me inspira su padre. Llamaríalo odio, si su amistad con la mia no hicieran el odio imposible.

- Todavia no conozco a ese hombre, y sin embargo me estremezco cuando oigo pronunciar su nombre; y no comprendo cómo el noble y bondadoso corazon de Alberto ha podido unirse a ese corazon feroz y sangui-

nario.

- Esta misma adhesion, madre mia, realza mas la magnanimidad de ese corazon generoso, porque esta exento de debilidad. Severa con el amigo, jamás transigirà con el tirano.

- ; Ay! sí, es verdad...; pero héme aquí estremecida de espanto à la idea de esa austera integridad que en este momento subleva quiza contra él en la camara legislativa el bando entero del despotismo.

- ¡Qué! exclamó el jóven con los ojos centelleantes de entusiasmo, ¿ es hoy el dia de su triunfo, y aun no estoy en la barra para aplaudirlo con la voz y con el alma?

Y besando rápidamente à su madre, desasióse de su convulsivo brazo y partió.

VII.

EN LA SALA DE REPRESENTANTES.

En ese dia la sala de los representantes de Buenos Aires presenció una escena digna de los mejores tiem-

pos de la Roma heróica.

Rosas, armado con la clave del terror, habiendo impuesto silencio al pueblo y hecho tambien callar al cuerpo legislativo, quiso dar el último golpe á la dignidad nacional, y aspiró à la dictadura. Aspirar en él era mandar; y un dia oyóse la sacrilega proposicion en el santuario de las leyes. Ninguna voz se alzó para combatirla. Cada representante veia en el semblante de su vecino el triunfo del miedo sobre la conciencia, y si llevaba su mirada à lo alto de la sala, encontraba bajo el dosel que la dominaba, al confidente de Rosas... y callaba.

El presidente invitó à sus colegas à dar sus votos, ordenando que los que estuvieran por la proposicion se pusieran en pie, y con rostro impasible dió la señal. Dos hombres se alzaron solos. El uno era Escalada, el inmaculado obispo de la metrópoli. El otro era... el pre-

sidente de la sala, el amigo de Rosas.

Hubo un momento de asombro y silencio; pero cuando la barra arrebatada de entusiasmo prorumpió en una tempestad de aplausos, cuatro hombres enmascarados precipitaronse en la sala, y mientras tres de ellos rodearon la mesa del presidente, el cuarto hundió un puñal en el corazon de Alberto, y huyó dejándolo clavado en el seno de su víctima.

Entonces, en medio del silencio de horror que reinó en aquel recinto, oyóse la voz del anciano obispo, que de pié aun dijo alzando sobre el moribundo su mano

venerable:

— Sube al cielo, martir de la libertad argentina. Yo te absuelvo en nombre de Dios y de la patria.

Y como si la noble alma de Alberto hubiera esperado aquella sublime bendicion, exhalóse dulcemente en una

triste sonrisa.

En aquel momento, Enrique, que entraba en el peristilo de la sala de sesiones, fué atropellado por cuatro hombres que huian desalados entre las sombras. El intrépido niño, conociendo por sus mascaras que acababan de cometer un crimen, asió al que iba delante; pero este por medio de un violento esfuerzo logró escaparse, aunque dejando entre las manos de su adversario la mascara que lo cubria.

Al ver el rostro de aquel hombre, el jóven dió un gri-

to y se precipitó en la sala.

À la vista del cadaver de su padre, Enrique se detuvo un momento, inmovil, mudo, con los puños cerrados y la mirada fija.

Luego cayendo de rodillas, arrancó de su pecho el puñal homicida y besando la herida con siniestra serenidad:

- ¡ Adios, padre mio! dijo estrechando la mano helada del muerto, muy luego me reuniré contigo; pero

entonces te habré vengado. Guardó en su seno el arma ensangrentada y se alejó con firmes y resueltos pasos.

VIII.

EL TERRIBLE DRAMA.

La luz del siguiente dia encontró en las calles de Buenos Aires numerosas huellas de escenas semejantes à la que tuvo lugar en la noche anterior en la sala de representantes. Un puñal habia amenazado la vida de Rosas; y aunque se habia arrestado al delincuente, no habiendo podido arrancarle confesion alguna, habia sacrificado indistintamente a todas las personas sospechosas de complicidad en aquel atentado.

A dos leguas de distancia, al frente del palacio dictatorial de Palermo, un destacamento de infantería acababa de hacer alto. Sonó el tambor y aquella fuerza se formó en cuadro. Vióse entonces en el centro del siniestro vacio un jóven como Isaac y maniatado como él, y enfrente cuatro soldados, que à la voz de un oficial

preparaban sus armas.

Pero cuando los fatales fusiles se inclinaban sobre él, cuando con la frente erguida y la mirada serena el noble mancebo esperaba la muerte, oyóse un grito de suprema angustia, y una mujer palida, anhelante, desmelenada, rompiendo con esfuerzo febril la linea de bayonetas que le cerraba el paso, se arrojó de repente sobre el jóven, y estrechándole en un abrazo desesperado, lo cubrió con todo su cuerpo. Los soldados, vivamente conmovidos, volviéronse hacia el oficial que los mandaba. Pero este que sentia pesar sobre si una terrible responsabilidad, ahogando su profunda emocion, mandó apartar à la madre y conducirla fuera del cuadro.

- ¡Ah! exclamó ella arrancandose de los brazos de su hijo y cayendo á los piés del oficial. Dadme al menos, por lo que mas ameis en este mundo, dadme un cuarto de hora que necesito para obtener la gracia de

mi hijo, ó morir.

El veterano sonrió tristemente.

- Id, pobre madre, id, dijo siguiéndola con una mi-

rada de compasion.

- En nombre de esta hora suprema, gritó el niño, yo os lo prohibo, madre mia. No pidais gracia al asesino de vuestro esposo, ó vuestro hijo os maldecirá desde la eternidad.

Mas ella, sin escucharlo, corrió desalada hácia el palacio. Atravesó sin que nadie pudiera detenerla, los patios, los vestíbulos, las galerias y los salones, preguntando à su paso por aquel de quien esperaba la muerte ó la vida. Un edecan entreabrió el gabinete y la mostró un hombre que apoyado en una mesa, ocultaba su rostro entre las manos.

La desventurada, precipitándose en el cuarto, fué a caer à sus piés. Pero al mirar à aquel hombre, el ruego se heló en su labio palido, que se movió sin articular

sonido alguno.

En este momento sonó una detonacion. La infeliz madre cayó sin sentido gritando : ¡ Manuel, Manuel! ¿ qué has hecho de tu hijo?...

IX.

CONCLUSION.

Mucho tiempo hacia que el antiguo fuerte de la Pam-

pa era ya solo un monton de escombros ennegrecidos. por el humo del incendio. Los indios en una salida lo habian quemado, asesinando al viejo comandante con toda la guarnicion. Desde entonces el doble silencio de la muerte y del abandono reinó en torno de aquellos muros, y el terror supersticioso que inspiran las ruinas apartó de alli los pasos del viajero.

Sin embargo, una noche, al alzarse la luna sobre el horizonte, los habitantes del Pago vieron una mujer palida, enflaquecida y arrastrando negros cendales, que atravesó gimiendo las avenidas de sauces y se perdió entre las desmoronadas murallas del fuerte.

Algunos la tuvieron por una aparicion; pero otros creyeron conocer en ella a Maria, la hija del viejo comandante, el bello Lucero del manantial.

JUANA MANUELA GORRITI.

Los campanólogos.

El arte de tocar las campanas se halla muy adelantado en Inglaterra. En Norwich y en el Cumberland es donde principalmente hay mas aficion à tocar las campanas. M. Patrik, el patriarca de los campanólogos ingleses, obtuvo hace algunos años el premio de cincuenta libras esterlinas ofrecido al autor de la mejor composicion para las campanas, y los aficionados conservan todavia gratos recuerdos del concierto dado en el teatro de Norwich por el célebre profesor de campanas Samuel Thurston.

Este distinguido campanólogo se presentó á ejecutar sus tocatas con ocho campanillas, cuyos sonidos producian la escala musical. Posteriormente el mismo Samuel Thurston añadió dos notas mas à la octava hasta llegar á dos octavas. Los periódicos ingleses hicieron á su tiempo los mayores elogios de la velocidad y brillantez de Samuel, ejecutando sus bosb-triples y bobs-cators. Pero mas que a estos ejercicios de campanillas se muestran los ingleses aficionados al repique en grande de las campanas de las iglesias y catedrales. ¿Qué son, decia un periódico, hablando de las campanillas de Samuel Thurston, qué son esas campanillas diminutivas al lado de las enormes campanas cuyo acento suena y retumba à lo lejos en el espacio? Un concierto de campanillas al lado de un repique de campanas hace el mismo efecto que una revista militar comparada con una batalla.

En un libro publicado en Norwich se encuentran detalles muy curiosos sobre las infinitas combinaciones à que se presta el arte del campanólogo. Si con dos campanas solo se puede hacer dos combinaciones, tres campanas son susceptibles de seis, y cuatro campanas. podran tocarse de veinte y cuatro diferentes maneras. Siguiendo esta progresion geométrica, se ha calculado que à dos campanadas por segundo se necesitarian 81 años para poder tocar todas las combinaciones a que se prestan 12 campanas; 14 campanas exigirian 16,575 años, y 24, nada menos que ciento diez y siete mil bi-

llones de años.

A fines del siglo pasado, los jóvenes de Westmoreland tocaron, en el espacio de tres horas y veinte minutos con las campanas de la iglesia de Santa Maria de Kendal, todas las combinaciones posibles de siete campanas, hasta el número de 5,040. La emulación de los campanólogos se despertó entonces, y el célebre Stephen Hill, cuyo nombre veneran aun en el dia todos los campanólogos, ejecutó en Kidderminster un gran repique que dió por resultado 4,984 combinaciones, ó sean 1.267,453 campanadas. No quisieron ser menos los mozos de Cambridg, y ejecutaron 6,600 combinaciones diferentes con las campanas de la torre de Santa Maria la Grande. Los aficionados pudieron, con el reló en la mano, hacerse cargo de la precision y exactitud de la ejecucion; las últimas mil campanadas se dieron exactamente en el mismo espacio de tiempo que se habia empleado en las mil primeras.

Ocho jóvenes de Birminghan, llenos de emulacion, intentaron tocar un gran repique de 15,180 campanadas; es decir, ejecutar igual número de vibraciones con una campana. Extenuados de fatiga y de cansancio, tuvieron que cesar despues de dar 14,224 campanadas durante ocho horas y cuarenta y cinco minutos.

Los ingleses han tributado siempre los mayores honores à la memoria de sus mas famosos campanólogos. Cuando murió Patrik, à quien ya hemos mencionado, la comitiva funebre se componia de una multitud de aficionados entusiastas que llevaban en la mano una campana cuyo badajo iba envuelto en un crespon negro; estas campanas, enlutadas y tocadas a compas, producian un sonido lúgubre y extraño. La misma ceremonia se repitió en la villa de Ashtonunder-Lind à la muerte del campanero James Ogden, quien durante cincuenta años habia tocado la campana tenor de la iglesia de San Miguel. Calculado el número de meses que habia vivido el campanero, resultaron ser 828,828 repiques, que fueron los mismos que ejecutados por sus compañeros se le dedicaron al descender à la tumba.

El noble arte de tocar las campanas, tan descuidado en el continente, se ha cultivado en Inglaterra con entusiasmo grande. Los desafios, luchas y certamenes han producido à veces grandes peleas entre los campanólogos antagonistas, y el tremendo box ha prevalecido en muchos casos y se ha sobrepuesto à la opinion de los jueces del desafio. El arte de tocar las campanas, dice un autor inglés, tiene sus misterios, misterios que

no deben confundirse con las sonerias y tocatas de los relojes mas célebres del continente, entre los cuales descuellan los de Delft y Leyde, en Holanda. La soneria es una obra mecánica, mientras que para repicar bien las campanas se necesita un brazo y mucha habilidad.

Encargadas de publicar por los aires todos los acontecimientos mas notables de la vida pública y privada, las campanas han merecido que algunos ingenios las alaben y ensalcen en sus versos. El poeta italiano Agnolo Firenzuola dijo en uno de sus poemas líricos :

> Tra tutte quante le musiche humane, O signor mio gentil, tra la piu care Gioje del mondo el suon delle campane. Don don don don don, che vi non pare?

El mismo poeta, refiriéndose al bautizo de las campanas, dice : « Moderen su orgullo los órganos, pues no pueden pretender à semejante honor. Contentense con cantar visperas y acompañar la misa mayor. Nin-guno de sus fuelles ha adquirido el derecho de poder llamarse Pedro, Jacobo o Maria. »

Con la reforma han desaparecido tambien de los paises protestantes los bautizos de las campanas. La última campana bautizada en Inglaterra remonta al reinado de Maria Tudor. En aquella ocasion fué cuando concluida la ceremonia, exclamó el vicecanciller Tresham:

« ¡Oh hermosa Maria! (este era el nombre de la campana) ¡qué santa es tu armonia y qué voz tan angelical posees! ¡Quién al escucharte no se siente po-

seido de un amoroso ardor!»

Buscar el origen de las campanas y su introduccion en la iglesia, escribir su historia y repicoteos para ordenar matanzas como la de la Saint-Barthelemy, ó bien para anunciar victorias, nacimientos de principes ó muerte de héroes, seria un curioso trabajo, así como lo seria tambien el que diera por resultado la investigacion de lo que han sido y han venido á ser las campanas en los pueblos de Oriente. Algo tenemos hecho acerca de esto, pero demasiado nos hemos detenido ya con las tales campanas, y forzoso nos es detenernos agui.

Pabellon

DE LA BOMBA DE VAPOR DEL PALACIO DE BAGATELLE EN EL BOSQUE DE BOULOGNE.

El palacio de Bagatelle fué construido en su origen por Mlle de Charolais, de la casa de Condé, y vino à ser el teatro familiar de los placeres y fiestas galantes de esta princesa. A su muerte el conde de Artois, luego Carlos X, compró esta residencia, destruyó las antiguas construcciones, y en su lugar elevó en sesenta y cuatro dias un precioso palacio. Del conde de Artois la propiedad pasó por donacion a su hijo el duque de Berry, y despues por herencia al duque de Burdeos. Hoy este palacio pertenece al marqués de Hertford, gentlemen inglés muy aficionado à las artes, y mezclado en el torrente de la vida parisiense.

En la época en que el palacio fué reconstruido, las modas inglesas habian penetrado ya en Francia, y el parque de Bagatelle fué dibujado a la inglesa. Hacia falta agua en abundancia para el riego y la alimentacion de las fuentes, y el Sena que corre por alli cerca, suplió la aridez del terreno. Una bomba se estableció con este fin en una granja dependiente del palacio à la orilla del rio; maquina hidraulica que era tambien de importacion inglesa. La granja en cuestion ha sido además durante medio siglo una especie de taberna adonde acudian à tomar un refrigerio los paseantes del bosque de Boulogne; pero en 1860, en lugar del edificio que fué à la vez, como decimos, un figon y una maquina hidraulica, el marques de Hertford ha hecho construir un pabellon de una elegancia suma; y el antiguo aparato ha sido reemplazado con un motor moderno, una excelente maquina de condensacion de Derosne y Cail, calentada con coke. Unicamente el maquinista, hombre de mas de ochenta años, ha quedado en su puesto, con la condicion de no servir al público mas meriendas.

Situado à las orillas del Sena dentro del bosque de Boulogne, el nuevo pabellon está rodeado de un jardin con arboles magnificos, una hermosa balaustrada ciñe esta habitacion que podria pasar por una hermosa casa de recreo, y que no es sin embargo, mas que una dependencia del palacio de Bagatelle.

La arquitectura del pabellon ofrece en su masa el estilo Luis XIII, y sus detalles el de Luis XVI, hoy tan á la moda. El edificio se compone de un rústico basamiento de piedras con salientes. Debemos citar la puerta que forma el motivo medio y sirve de entrada à la habitacion del maquinista dispuesta en ese piso. Los perfiles de las molduras y el basamiento la dan un caracter de fuerza y solidez que deja à la parte superior toda su ligereza, a pesar de la firmeza que ha habido que conservarla, en razon à la situacion aislada del edificio. Una escalera de piedra conduce por cada lado á la plataforma, donde prosigue la balaustrada. Sobre este piso descansa el pabellon propiamente dicho, que encierra un salon de cúpula alumbrado por tres grandes puertas vidrieras que dan al terrado. Desde esta pieza

la vista descubre por un lado todo Saint-James hasta el puente de Neuilly: enfrente, Bagatelle y su parque, y por el otro lado Suresnes y el monte Valerien. En el cuarto lado un espejo sobre una chimenea con la misma forma que esas grandes aberturas, reproduce bonitos puntos de vista.

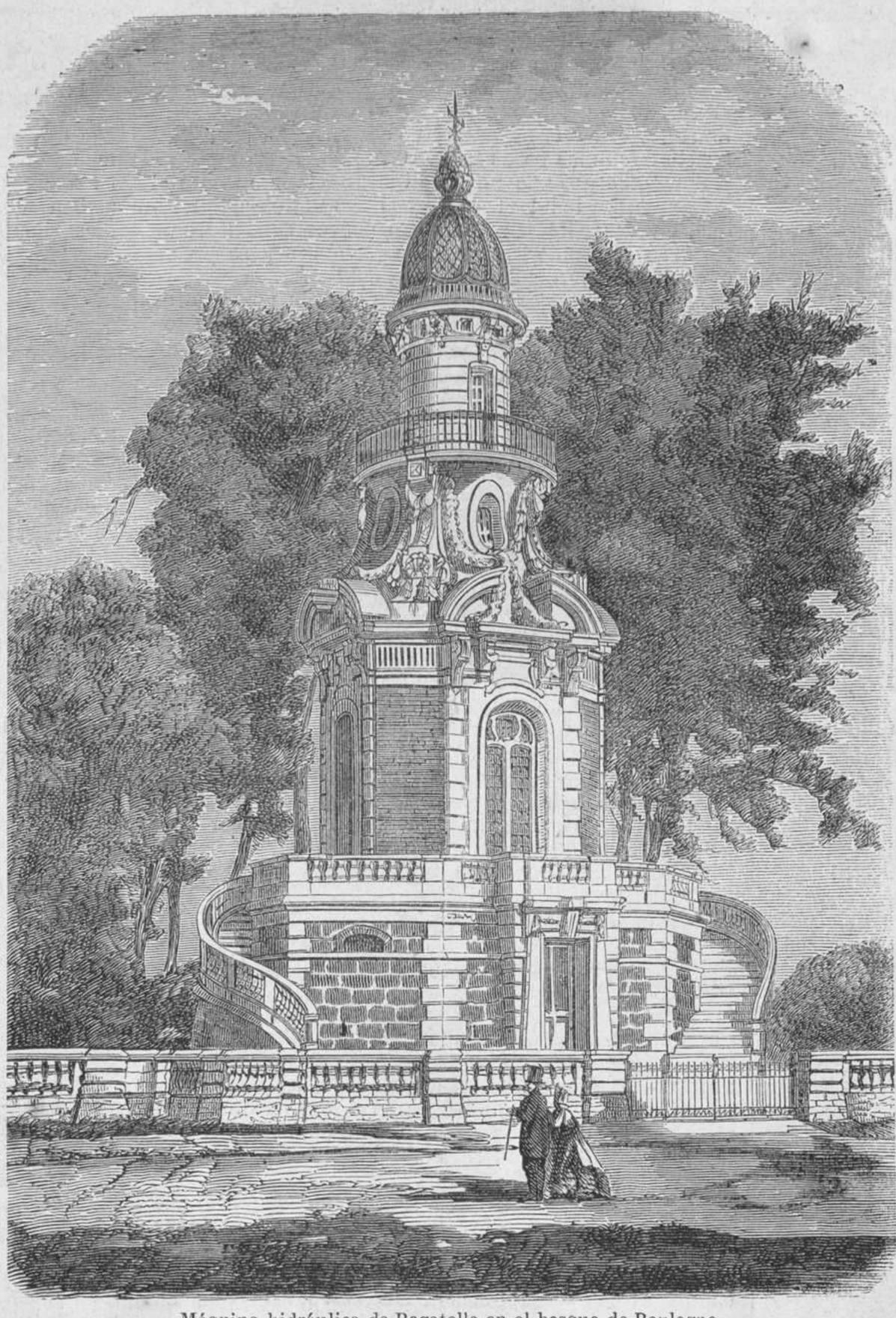
Una escalera de caracol practicada en una de las torrecillas que están detrás del pabellon, conduce al balcon circular que rodea la parte superior, ó á la torre que forma belvedero y domina una vista bellísima. El edificio está coronado con un casco de escama de plomo que tiene encima un canastillo de hierro calado; por estos pequeños orificios se escapa el humo, ó mejor dicho, se desprenden los gases de la combustion del coke de la caldera; pero es difícil adivinar cómo son conducidos allí, tan bien disimulado está el trayecto de esta chimenea.

La ornamentacion es elegantisima. Merecen particular elogio los ornatos tan ricos como originales de las cuatro grandes consolas colocadas entre los frontones y reunidas entre sí por una guirnalda, cuyos enlaces con sus caidas forman bonitos motivos. Tambien se aprobará la graciosa balaustrada de cierre, cuyas curvas se pierden en la verdura y van hasta las márgenes del rio, encerrando en sus líneas el jardin y un estanque con un puentecillo.

estanque con un puentecillo.

En el órden de la perspectiva general el conjunto de esta construccion es de un bello efecto. Por su situacion el pabellon forma el motivo medio por el lado del rio, de la línea meridional del vasto cuadrilatero, del que Bagatelle y su parque dibujan el lado opuesto sobre una distancia de mas de un kilómetro. Al Oeste por el lado de Saint-James, el espacio está cerrado por una línea de casas de recreo que comienza, cerca del Sena, por una suntuosa construccion de ladrillo y piedra, estilo ogival, con un campanario elevado y detalles de arquitectura de un acabado maravilloso; estas casas pertenecen al marqués de Hertford. Al extremo de esta línea se distingue por su carácter exótico, una hermosa casa inglesa con sus bow-windows y todo el comfort británico.

Este tercer lado del cuadro no tiene à



Máquina hidráulica de Bagatelle en el bosque de Boulogne.

su frente mas que el campo de las carreras de Longchamps y las hermosas lontananzas en las que aparecen Saint-Cloud, su palacio y sus bosques, y mas lejos la llanura de Issy y las alturas de Chatillon.

En medio de estas risueñas y variadas perspectivas se eleva como un observatorio el pabellon de la maquina hidráulica del palacio de Bagatelle, formando por sí un delicioso detalle en el paisaje. Este bonito capricho de artista es de M. Leon de Sanges, arquitecto, cuyo nombre se lee en una de las piedras del basamiento con la fecha MDCCCLX. Pero no solo se debe elogiar el mérito del artista, sino que tambien merece alabanzas el hombre de gusto que al ordenar tantas y tan hermosas obras privadas, que pueden considerarse como embellecimientos públicos, sabe hacer un empleo tan inteligente y tan noble de una gran fortuna.

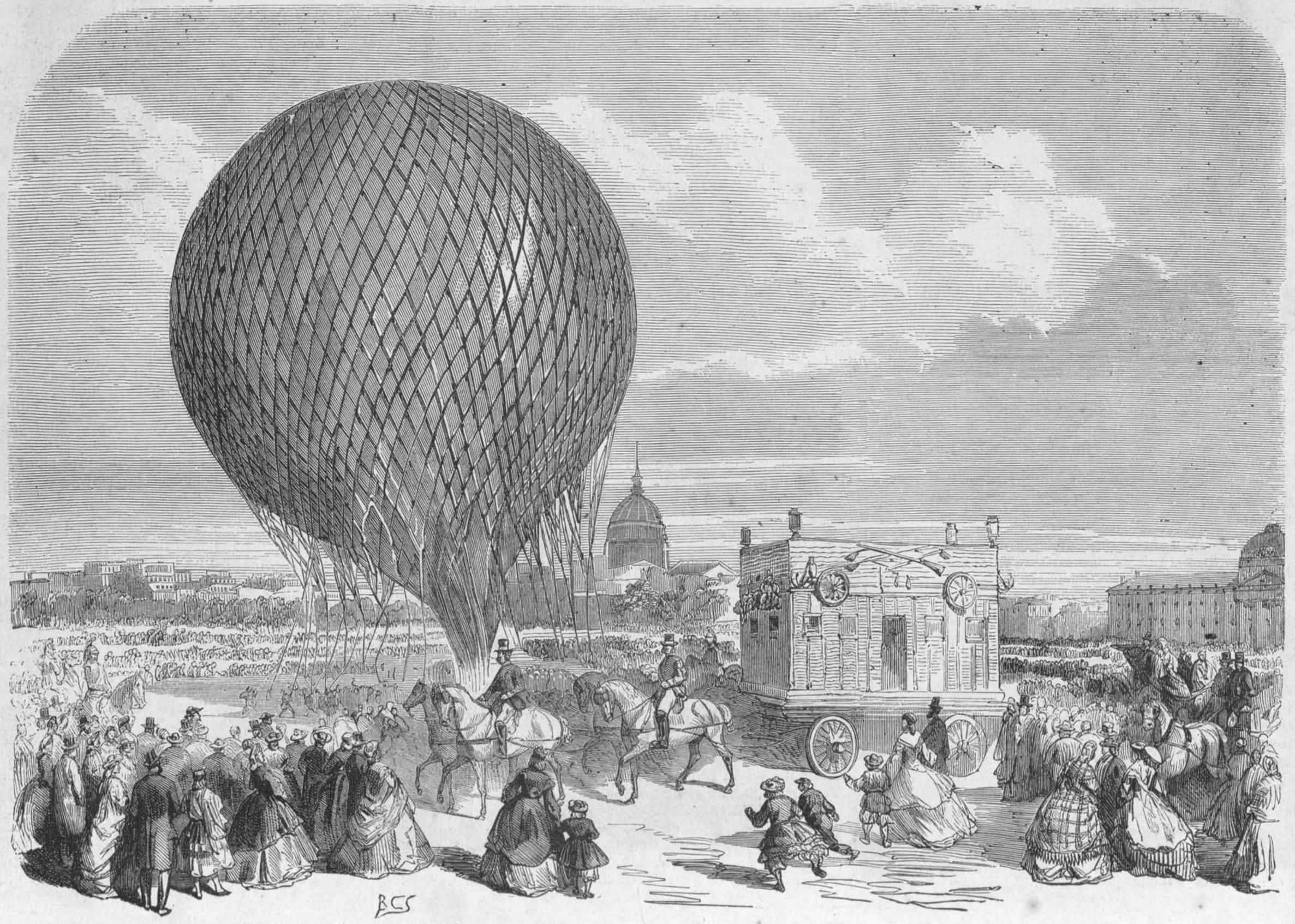
P. G.

Exposicion de las artes industriales.

Todo el mundo conoce las bellas pinturas religiosas que han salido en estos últimos años de la casa Gaspard. M. Chovet, su sucesor, ha sabido dar mas desarrollo aun al pensamiento primitivo de esa creacion enteramente religiosa. Ultimamente ha emprendido la publicacion de una obra tan importante como el Camino de la cruz, de M. A. Colin, los Quince misterios del rosario, es decir, quince lienzos compuestos y ejecutados por M. Hipólito Lazerges. Todas estas composiciones reproducidas por la litografia y la fotografia, se hallan en el palacio de la Industria en la actual Exposicion de las artes industriales.

Pero no contento con mejorar la industria de la pintura religiosa, M. Chovet aplica la misma reforma à la estatuaria y à la escultura de iglesia. En la exposicion figuran once estatuas, de las cuales hay cinco de madera esculpida y policromada, que son unos verdaderos modelos de escultura ejecutados por M. Talluet, y seis estatuas de tierra cocida.

Citaremos tambien dos magnificos planos de altar y de púlpito destinados



Ascension del globo el Gigante: llegada de la navecilla al Campo de Marte. — (Véase la Revista de Paris.)

à los RR. PP. dominicos de Burdeos, así como una estacion de madera esculpida y policromada, obra maestra de escultura y de decoracion que imita a la perfeccion un bajo-relieve del siglo XIII. H. C.

Sacrificio y recompensa.

(Continuacion.)

— Admiro, dijo Ernesto, que no podia menos de re-conocer la gracia notable de la estatura y del semblante del señor del Elbene, admiro vuestra belleza, que mas aun que vuestra nobleza y vuestra fortuna os hace faltar al honor, y me pregunto cómo tan noble aspecto puede aliarse con una conducta igual á la vuestra.

- ¡En guardia, en guardia! dijo el señor de Elbene

con aire desdeñoso.

Pero Ernesto habia caido en una profunda medita-cion. Con los brazos cruzados sobre el pecho y la punta de su espada vuelta hacia el terreno apisonado del pabellon, parecia no pensar mas en aquel duelo, que él

mismo ĥabia provocado.

— ¿Renunciais à vuestro proyecto, caballero? le dijo el señor de Elbene; comprendeis al cabo que en el mismo interés de la persona que quereis vengar podemos arreglarlo todo sin escándalo, sin ruido. Excepto un matrimonio imposible, pedid todo lo demás..... Estoy pronto á suscribir á todo.

- No, respondió Ernesto, pensaba en otra cosa.

Ambos adversarios se pusieron en guardia. Las espadas se cruzaren y revolotearon en derredor de los dos combatientes, siempre amenazadoras y siempre rechazadas; de repente dió un grito el señor de Elbene y se cubrió el rostro con una mano. Ernesto bajó su espada y cruzó nuevamente los brazos; su contrincante estaba herido en el ojo derecho. El antiguo criado acudió bastante à tiempo para sostener à su amo, à quien el dolor hacia balancearse; y el vencedor, despues de haber procurado que una especie de ama de gobierno que andaba por las habitaciones fuese à buscar un cirujano, sin perder tiempo salió de la casa. En lugar de ir à la del señor Morin, se quedó en la calle; pronto vió entrar



Jesus en el huerto de las Olivas.

Púlpito.



San Vicente de Paula.



San Carlos Borromeo.

en casa del señor de Elbene un hombre vestido de negro y de cierta edad, y esperó. Media hora despues, este individuo apareció en el dintel de la puerta; Ernesto le salió al encuentro.

— ¿Sois médico ? le dijo al acercarsele.

- A mucha honra.

— ¿ Y salis de casa del señor de Elbene?

- Ya lo veis.

- Pues qué! ¿ está enfermo ese pobre vizconde?

- ¿Enfermo? no, respondió el médico, pero esta tuerto. - ¡Tuerto! señor; ¡él que tiene los ojos mas

hermosos del mnndo!

- ¡Ay! si; ¡una imprudencia! Segun parece, esta mañana estaba tirando al florete con un amigo.

- ¿Con un amigo? dijo Ernesto.

- Si, repuso el médico, con un amigo. Se ha roto un florete, siguiéndose el accidente que priva al señor de Elbene de un ojo.

Entonces entró el doctor en los detalles fisiológicos del suceso. La punta del florete, desprovista del boton que la hacia inofensiva, habia penetrado en el ojo y habia destrozado la córnea, el cristalino, el globo entero del ojo; en cuatro palabras, para demostrar los efectos del hierro en la herida, el doctor hizo una historia completa del organismo de la vista, y terminó asegurando que el ojo lastimado estaba perdido, y que el señor de Elbene se veria reducido, ó á cubrir el hueco con una venda de tafetan negro, ó à reemplazar el órgano que le faltaba con un ojo de cristal, cosa facil, decia, y que se practica hoy con pasmosa habilidad. Por lo demás, que el señor de Elbene continuaba perfectamente, y que ningun accidente sen-

sible seguiria a la herida. Ernesto vió con placer que el señor de Elbene



Jesus delante de Poncio Pilato. EXPOSICION DE LAS ARTES INDUSTRIALES.

no confesaba su desafio, que atribuia su desgracia á una imprudencia, à un caso fortuito. En efecto, no se tiene un lance de esta naturaleza sin motivo, y el vizconde no podia menos de perder si hablaba: por un lado su conducta con la señorita Morin era vergonzosa, y por otro no le convenia que el ruido llegase hasta la señora marquesa de V... Importaba pues a Ernesto ver á esta marquesa y presentarla el duelo que acababa de celebrarse de una manera favorable à la señorita Rosa; así, que no entró en casa del señor Morin, sino que tomó un carruaje y corrió à ver los conocidos que tenia en Paris, y cuyas relaciones podian ayudarle en su proyecto.

— Si esta marquesa es rica, decia, no necesitara la riqueza del señor de Elbene, y si es jóven y linda, como se cuenta, le repugnara casarse con un hombre tuerto; y suponiendo que hagan con tanta perfeccion los ojos de cristal como asegura el doctor, es menester que la marquesa lo sepa. Hablase de un ministro extranjero, que hace veinte años tiene à la Europa en suspenso sobre si ha comprado uno de sus ojos; es esencial no

exponer à la marquesa à un peligro semejante.

Ernesto almorzó de prisa y corriendo en el café de Paris, hizo algunas visitas y supo al fin que la marquesa de V... pasaria aquella noche en una casa donde podrian presentarle; era todo lo que necesitaba : entonces tomó el camino del Marais, bastante incierto del modo que abordaria al soñor y á la soñora Morin, como asi que abordaria al señor y a la señora Morin, como asimismo à la señorita Rosa, y tuvo que pasar necesaria-mente por delante de la casa del señor de Elbene; à la puerta habia una berlina. Ernesto imaginó que su duelo habia sido acompañado de todas las fórmulas de la política que está en uso entre gentes bien educadas, y que era conveniente que fuese à informarse de la salud del

vencido. Es una costumbre caballeresca que empieza á perderse, pero à la que no faltan ciertas personas. Por otra parte, estaba lejos de haber concluido sus relaciones con el señor de Elbene, ya que la posicion de la señorita Morin no habia variado. Ernesto entró. En el vestibulo de la casa tropezó Ernesto con el viejo servidor

del señor de Elbene. - Señor, le dijo aquel con tristeza, iba á presentarme de parte

del señor vizconde en casa del señor Morin... - ¿Y para qué, amigo mio?

- Para rogaros paseis á casa del señor vizconde, que os espera.



San Estéban.

La Inmaculada Concepcion.

- ¿Y no teneis nada de particular que decir al señor Morin? preguntó Ernesto.

- No, señor, respondió el criado suspirando, que le hizo con la mano una señal para indicarle el pabellon.

Ernesto tomó el camino del jardin, y en el mismo sitio donde ha-bia tenido lugar el desafio algunas horas antes, encontró al jóven vizconde paseandose con agitacion. El señor de Elbene estaba vestido con extremada elegancia. Un frac abrochado hasta el cuello dejabá ver las puntas de su chaleco blanco, y una banda de seda

negra cubria una parte de su hermoso rostro, sobre el que Ernesto leyó facilmente el despecho, el odio y el deseo de venganza. El jóven habia perdido algo de su desdeñosa fiereza y de su aristocrática sangre fria.

- Pienso, caballero, dijo en cuanto divisó á Ernesto, que habeis creido que no debiamos volver a vernos va.

- Muy lejos de eso, contestó Ernesto, siempre tenemos el mismo negocio que zanjar. La señorita Morin espera siempre la satisfaccion que le debeis, y yo, caballero, venia...

- ¡ Veníais! Me habeis ganado por la mano. Venia á informarme de vuestra salud, dijo Ernesto, y no contaba con tener el honor de veros hov.

- Estoy bien, caballero, muy bien, dijo el señor de Elbene, pero me habeis desfigurado, habeis comprometido mi porvenir, y de esto tendreis que darme ahora una satisfaccion.

- Con que es decir, señor vizconde, que quereis trocar los papeles; quereis ser agresor; como gusteis... Con tal que os encuentre frente à mi, no importa el titulo; pero antes de obedeceros, caballero, añadió Ernesto inclinándose, es preciso que sepais perfectamente cuales son mis proyectos y mis sentimientos. Amo,

adoro á esa jóven que quereis abandonar despues de seducirla, y que ayer ví por primera vez; me ha bastado con verla y oirla para que un sentimiento simpático y descoñocido se apoderara de mí y me hiciese saber que vuestra seduccion va á privarme de toda dicha y arrebatarme la única mujer que me hubiera sido posible amar. ¡Ay! esta boda que os evito celebreis, seria mi mayor deseo contraerla yo mismo, si honestamente lo pudiese... He aceptado otra tarea, soy el guardian del honor de la señorita Morin; ha caido una mancha en su honra que es preciso borrar y que no puede conseguirse sino con vuestro matrimonio ó vuestra sangre. Cuando os haya muerto, caballero, me casaré con ella, y nada podeis ofrecerme que yo desee mas que otro desafío. Sin embargo...

- Sin embargo... dijo el señor de Elbene que hacia

increibles esfuerzos para contenerse.

- Sin embargo, continuó Ernesto, la posicion de la señorita Morin es tal, que muerto vos, aun rehusaria quiza a casarse conmigo; pero entonces me quedaria tal vez el porvenir... Es un sueño, no hay que pensar en esto, la señorita Morin no puede ya mas que vivir o morir oculta à todas las miradas, ó llegar à ser la senora de Elbene. Hé ahi porqué no os he quitado de en medio esta mañana; aunque esto me hubiera sido facil, me he contentado con desfiguraros. Ya estais tuerto, ¿ creeis que la marquesa de V..., que ayer aceptaba vuestros obsequios, los aceptará hoy? Yo á lo menos no. Por otro lado, tenia idea de no dejaros proseguir tranquilamente en vuestras pretensiones y exigiros este segundo duelo que me proponeis: estamos ligados fatalmente uno à otro, señor vizconde; es imposible que no conozcais vuestros yerros, y que no comprendais que al desembarazaros de mi, añadireis una falta à otra, un perjurio à un odioso asesinato : volved en vos, señor vizconde, olvidad un momento de alucinación y de error; no teneis mas que abrir la boca, y yo me encargo de traeros al señor Morin.

El señor de Elbene, cuya agitacion parecia que se habia calmado, escuchaba á Ernesto con una paciencia de la que este auguraba bien; cuando hubo concluido, le

dijo el vizconde:

— Caballero, dentro de una hora en Vincennes; ¿os conviene? Os habeis batido con una espada mia, nos serviremos de vuestras pistolas, si no lo llevais à mal.

Ernesto se inclinó y salió. Corrió á casa del amigo que aquella misma noche debia presentarle á la marquesa de V..., y á riesgo de exponerle á que no cumpliese su promesa, le rogó que le sirviese de testigo en un desafio cuyo motivo delicado era una rivalidad de amor que debia concluir en el terreno del combate. Partieron sin detencion, y á poco encontraron al señor de Elbene, seguido únicamente de su antiguo criado. Tomaron silenciosamente el camino del bosque, y pronto llegaron á una calle del todo á propósito para el desafio de que se trataba. Ernesto entregó sus pistolas al señor de Elbene, que las examinó con atencion y cargó él mismo. Entonces sacó el vizconde del bolsillo una moneda que quiso echar al aire; pero Ernesto le contuvo y le dijo:

- Tirareis el primero, caballero.

— Sea, respondió el señor de Elbene.

Sin medir distancia alguna ambos jóvenes se colocaron á unos veinte pasos, y el vizconde disparó efectivamente el primero; la bala se llevó parte del cuello del frac de Ernesto, que tiró á su vez y derribó á su adversario sobre la yerba del camino. El señor de Elbene estaba herido en una rodilla.

— Tuerto y cojo, le dijo tranquilamente à Ernesto; casadme como gusteis, caballero, porque lo que es yo renuncio desde ahora à casarme por mí solo.

Sereis mas dichoso que yo, respondió Ernesto.
 Con dos miembros menos, añadió el herido.

El señor de Elbene pidió un coche y quiso volver à Paris con Ernesto. En cuanto estuvieron los dos en camino, el herido, sobreponiéndose à sus dolores, tomó la

palabra.

— Es preciso nacer rico, dijo; cuando la fortuna llega de un golpe, os sorprende aun sujeto con las cadenas
de la pobreza, y estos lazos de hierro con que uno està
cargado no pueden romperse sin dolores ni heridas; aun
no hace veinte y cuatro horas que por una dicha inesperada soy millonario, y como contrapeso à esta extraña ventura, el diablo os hace venir expresamente de
Burdeos para dejarme imposibilitado y deforme. Vos ganais: me casaré con la señorita Morin... Pero, añadió
despues de una pausa, ¿ la amais? decid.

— Con todo mi corazon, respondió Ernesto.

— Entonces, ¿ porqué no me habeis muerto ? Podiais haberlo hecho esta mañana, y creo que ahora mismo os hubiera sido fácil ponerme la bala en el corazon en lugar de aposentarla en mi rodilla á discrecion...; Ah! es á causa de la situación de esa jóven... O bien esperais que Himeneo os proporcione lo que el amor os arrebata.

-- ; Caballero! exclamó Ernesto.

— ¿Porqué no? dijo el señor de Elbene, cuya calentura comenzaba á encenderle el rostro y quiza á turbar su conocimiento, ¿porqué no? no seré un marido celoso, no tendré los cien ojos de Argos, me falta mucho para eso. ¡Ah, pardiez! el recurso es perfecto; se deja tuerto á un hombre, se le rompe una pierna y luego se le casa. Claro está que la mujer no tardará en preferir un hombre completo à... à...

El señor de Elbene cerró los ojos y cayó en ese letargo febril que acompaña casi siempre á una herida como la que acababa de recibir; pero cuando el coche que le conducia entró en Paris y hubo llegado al boulevard,

volvió en sí, ó mas bien pareció despertar.

— Caballero, dijo, vamos à apearnos, no en mi casa, sino en la del señor Morin, si os parece.

- ¿En casa del señor Morin?

— Si, à fe mia; ya no puedo robar à la señorita Rosa, preciso es que su padre me la dé. Y ahora vamos à ver; ¿ quién os dice que la señorita Rosa querrá todavía un marido como yo?

- Teneis razon, respondió Ernesto.

Hizo detener el coche, bajó de él, tomó otro carruaje y se dirigió corriendo á casa del señor Morin. Halló reunida la familia en la sala. La señorita Rosa, pálida y pesarosa, estaba sentada en el rincon mas recóndito del aposento; la madre se ocupaba hacendosamente en reunir las sumas del libro de su cocinero, y el señor Morin en medir a zancadas el salon de un lado a otro. Cuando llegó Ernesto, los colores volvieron al rostro de Rosa; la señora Morin dejó caer de la mano su libro de cuentas, y el señor Morin dió un grito:

— ; Aqui està! dijo, ; aqui està!

Ernesto conoció que no habia que perder un momento, y echando à la par una animosa mirada à la señorita Rosa, se adelantó hácia el señor Morin y le dijo con traspasado acento:

- ; Caballero, tengo que quejarme de vos!

- ¿De mi, Ernesto?

— Me habeis dado esperanzas de casarme con vuestra hija; no la suponia pretendida por nadie, y sin embargo la ama un jóven hace ya mucho tiempo, y...

— Eso no es mas, dijo el señor Morin, que una historia añeja, un jóven que está sin blanca, el señor de

Elbene.

— Precisamente.

— Yerno mio, dijo el señor Morin poniendo la mano en el hombro de Ernesto, tranquilizate: ese Elbene ha solicitado ciertamente la mano de Rosa, y aun se ha portado bastante bien algun tiempo; pero desde luego mi hija no ha tenido jamas inclinación por él; luego ha renunciado á sus pretensiones.

- Os equivocais, señor Morin.

- ¡ Que me equivoco!... Tengo carta suya, una carta en que me promete...

— Lo que no contaba cumplir. El señor vizconde de Elbene tiene por vuestra hija una pasion profunda, y esta pasion es correspondida.

— ¡Correspondida! exclamó el señor Morin.

- Pues quién lo duda!

El señor Morin se volvió hácia su mujer. Ambos dieron un paso hácia la señorita Rosa, que inanimada y mas blanca que el pañuelo que tenia en la mano, aguardaba los arrebatos de cólera de su padre.

— ¡Ay! si, se apresuró à decir Ernesto; si hubiéseis consultado à vuestra hija, no me habriais ofrecido un corazon que no podia ser mio, y habriais economizado al señor de Elbene una prenda de amor que le ha costado cara.

—; Os habeis batido con ese hombre! dijo la señora Morin.

— Dos veces.

- ¿Y le habeis herido? preguntó el señor Morin.

— Dos veces, repitió Ernesto. Por lo demás, caballero, añadió cogiendo la mano del señor Morin, ¿ qué podeis echar en cara al señor de Elbene? Su nobleza no
es una falta; por el contrario, su nombre distinguido es
una ventaja en el mundo; ¿ porqué no ha de gozar de
ella vuestra hija? Su pobreza... es mas rico que vos.
El desafio que he promovido... ¿ qué mayor señal de
amor podia dar á vuestra hija que exponer su vida por
ella?

En el mismo momento vieron entrar en el salon al señor de Elbene conducido por cuatro criados, confirmó todo lo que Ernesto habia adelantado, y declaró que efectivamente era por amor á la señorita Rosa por lo que se hallaba reducido al estado en que le veian. La jóven, impelida por la necesidad y comprendiendo la importancia de lo que Ernesto acababa de hacer por ella, se arrojó á los piés de su padre, y sin confesar su falta, confesó su amor... ¡un amor que ya no existia!

La señora Morin, que seis meses antes habia visto con buenos ojos la pretension del señor de Elbene, y que el título de vizconde seducia siempre, se enterneció al contemplar al jóven noble herido por amor á su hija, y el señor Morin, en cuanto supo que el señor de Elbene era mas rico que él, experimentó un sentimiento de inferioridad que hizo espirar el no en sus labios. El matrimonio quedó pactado, y el señor de Elbene confiado à los cuidados hospitalarios de la señora Morin y de su hija. Despues vinieron las explicaciones : el señor Morin estaba como un hombre que se despierta y cuyos ojos se abren a un nuevo dia; se asombraba del amor de su hija, de la fortuna inesperada del señor de Elbene, y sobre todo de aquella pasion del jóven, que le habia impelido a provocar desafios con tanta frecuencia y temeridad, que herido una vez se habia expuesto a serlo la segunda.

— Pero tú, amigo mio, dijo aun á Ernesto el señor Morin, ¿con que tambien amas á mi hija, puesto que no has temido arriesgar dos veces tus dias por ella?

Ernesto confesó su cariño, pero añadió que ahora que conocia los sentimientos de la señorita Rosa, se retiraba ante un rival preferido, y que el único pesar que llevaba era haber comprometido la ventura de dos amantes poniendo en peligro la vida del señor de Elbene. Obligado á decir lo contrario á la verdad, aprovechó la confianza del señor Morin para instarle á apresurar un matrimonio que debia quitar á Ernesto toda esperanza, pero que sin embargo deseaba con todo su corazon para reparar, tanto como estaba en su mano, las desgracias que habia causado.

La boda se celebró en la misma casa del señor Morin: el esposo en la cama, donde le retenia su herida; Rosa anegada en lágrimas, cuyo secreto conocia Ernesto solo, y algunos testigos, amigos ó parientes del señor Morin, que admiraban la dicha del antiguo fabricante, cuya hija habia sabido inspirar una pasion tan violenta á un jóven noble tan completo, que habia expuesto cuatro ó cinco veces su vida, y perdido dos miembros preciosos para disputar á sus rivales el objeto de su amor; tales fueron los actores y el acompañamiento. Unos echaban á Ernesto miradas de odio, porque les parecia que su presencia era contraria á todas las conveniencias.

— El señor Morin, se decian unos á otros, deberia haber hecho comprender á ese bordelés, que cuando se revienta un ojo y se rompe una pierna á su rival, no se asiste á las bodas. ¡Cuánto debe sufrir la señorita Rosa con la vista de ese gladiador, de ese espadachin que le cuesta la belleza de su marido, y que poco le ha faltado para arrebatarle al marido mismo! Y ese pobre jóven, que tan cara compra su felicidad, ¡qué pena para él ver á su vencedor, casi su asesino, firmar el contrato

de matrimonio!

Este pobre jóven maldecia con su corazon á la muchacha con quien se desposaba; daba al diablo à aquella familia plebeya con la que se enlazaba à pesar suyo, y sobre todo renegaba de Ernesto. Pero con esa sagacidad peculiar de algunos hombres cuando se trata de su interés personal, habia comprendido que su mala fe se estrellaria siempre ante la lealtad de Ernesto Laroche, y que por una casualidad desgraciada para él, la fuerza, la habilidad, la tenacidad, el valor mismo, se hallaban reunidos en grado superlativo del lado de la buena causa. Con Ernesto Laroche era preciso ceder ó morir poco à poco, despues de haber pasado por todos los dolores y humillaciones de sucesivas derrotas, ó bien era preciso ceder para vivir. El señor de Elbene cedió, sintiendo solamente no el haber dejado ver su cobarde abandono, sino el tener una bala en la rodilla y un ojo menos. Concluido el desposorio, Ernesto tomó la diligencia y se volvió à Burdeos.

Cuando Ernesto se vió en la berlina del carruaje, donde la casualidad hizo que se encontrase sin compañía, y dejó Paris á la espalda, repasó los sucesos que le traian soltero à la villa de Burdeos, y examinó su conducta y sentimientos. Unido con lazos de amistad y hospitalidad al señor y á la señora Morin, acababa de hacerlos, sin que lo sospechasen, un gran servicio; habia salvado el honor y quiza la vida de su hija única. Esta jóven, aunque de fisonomia agradable, no era hermosa, y si sus facciones respiraban candor, si todo inducia a creerla un alma pura, con sentimientos tan honrados como generosos, no era menos cierto que la señorita Rosa habia sido débil. Todo debia pues inclinar à Ernesto à dar gracias à su buena fortuna que le habia librado de hacer un papel estrepitoso en un negocio en que, con un poco mas de buena fe por una parte y un poco menos de suerte por la otra, habian podido tomarle por un bobalicon. Todo se lo debia a su buena estrella. Habia inspirado bastante confianza á la señorita Morin para decidirla à una confesion dificil; habia sido bastante listo ó afortunado para herir dos veces al señor de Elbene, y herirle del único modo que pudiese obligarle a casarse; ya no le faltaba pues mas que felicitarse por estar soltero y vivo; dar gracias al cielo de no verse tuerto ni cojo, y si pensaba en casarse, esperar que cualquier otra tentativa no podia menos de ser mas prospera.

Pero ¡ay! le bastaba echar una mirada al anillo de su madre que brillaba en su dedo, para que estas ideas tomaran otra corriente, y para considerar las cosas de distinto modo: este anillo habia estado por espacio de algunas horas en poder de Rosa, en su mano hubiese estado conservarlo por siempre; la señorita Morin no tan solo no amaba ya al señor de Elbene, sino que le despreciaba: Ernesto sabia en cambio que aquella le reservaba un amor tan puro como elevado; su conducta se lo probaba: habia venido en efecto a pedirle una proteccion peligrosa; el sacrificio de su vida. Esto puede hacer sonreir à un hombre positivo, mientras que aquel cuya alma está apasionada, comprende este lenguaje misterioso y simpatico que las palabras no podian expresar. ¿Y porqué cometió esta falta? ¿Era impulso del amor, imprudencia de la juventud? No; la señorita Morin habia cedido a un sentimiento generoso, se habia sacrificado por un hombre pobre à quien queria enriquecer; apenas cometida la falta, había cambiado la suerte, y la señorita Morin habia podido ver lo cobarde de aquel à quien amaba. Ernesto acababa de darle por esposo à este cobarde. ; Ah! puesto que la vida del señor de Elbene habia estado en su mano, ¿ porqué no quitarsela? Entonces hubiera podido esperar algo del tiempo.

Todas estas ideas, estos peligros que habia corrido, estas esperanzas burladas contribuyeron á grabar en el espíritu y en el corazon de Ernesto la imágen de la vizcondesa de Elbene, y pronto experimentó que si una mujer medianamente hermosa inspira rara vez una pasion, á lo menos cuando la hace nacer, esa pasion es tan violenta y tan viva que no se la puede domar. Burdeos llegó á ser insoportable al señor Laroche. Tuvo una necesidad de agitación que no le permitió habitar los lugares que en sueños habia visto embellecidos por una dicha que desaparecia para siempre. Partió para Italia; se cansó de correr de Roma à Napoles y de Napoles a Roma; seis meses pasó en recorrer un pais cuyas bellezas le impedia apreciar su preocupación, y echar una mirada distraida sobre las seculares ruíñas legadas

por los Césares.

Un dia que vagaba por los jardines de Pórtici, bajo los naranjales abrigados por las dos azoteas de palacio, vió venir hacia él un jóven elegantemente vestido, y a cuyo brazo iba, ó mejor dicho, marchaba dando brincos una mujer jóven y bonita, que en su porte y maneras, en su garbo y descaro se conocia facilmente que era una italiana, de aquellas que la buena sociedad no admite a su lado, pero cuya intimidad puede confesarse en un pais donde las costumbres son francas y completa la libertad; Ernesto miró aquella mujer con atencion, y cuanto mas se le acercaba, mas reconocia facciones que habia visto la vispera; efectivamente, era la signora Marietta, jóven bailarina del teatro del Fondo, que gozaba en Napoles de una gran reputacion, adquirida no precisamente por su talento, sino por sus galanteos. El año antes habia arruinado á un monsignore, reciente heredero de una de las primeras familias de Italia, y en pocos meses en Napoles habia hecho declararse en quiebra à un banquero. Era la beldad que estaba de moda; su acompañante la abandonó por un momento en cuanto divisó a Ernesto y vino hacia él.

— Señor Laroche, le dijo.

Al oir aquel metal de voz los ojos de Ernesto se dilataron; reconoció al señor de Elbene; era él: el apuesto noble se habia aprovechado de la habilidad que hay hoy para fabricar ojos de cristal, y aunque uno de los suyos estuviese inmóvil, los dos estaban brillantes é iguales; una cojera casi imperceptible solamente recordaba una herida cuyos efectos habia atenuado el talento de los médicos. El señor de Elbene, siempre cumplido y zumbon, alargó la mano á Ernesto diciéndole:

— Ya no somos enemigos. Vuestro rencor me cuesta demasiado caro, sin que lo parezca. Por lo demás, os doy las gracias; me habeis hecho un verdadero regalo: una mujer dulce, modesta, económica, que vive en el castillo de Elbene como una señora cuyo marido hubiese marchado á Tierra Santa. Voy á Roma á buscar la absolucion; la señora Marietta tiene la bondad de acompañarme: goza de gran crédito entre los cardenales; me servirá de mucho; mañana salimos.

Hablando así, el señor de Elbene apretó la mano de Ernesto, fué à reunirse con su compañera y desapare-

ció bajo los naranjales.

No le fué dificil à Ernesto saber la verdad. El señor de Elbene estaba en Napoles hacia un mes, vivia con la signora Marietta y derrochaba sumas enormes. Ernesto conoció que no podia suceder otra cosa; habia querido salvar el honor de la señorita Morin; el honor estaba salvo; en cuanto á lo demás, no habia que pensar en ello. Abandonó á Nápoles y vino á Marsella, donde se embarcó en un buque que se daba á la vela para Nueva York. Así pasó año y medio vagando por los Estados de la Union, perseguido siempre por la imagen de una mujer que no esperaba volver à ver, y cuyo recuerdo no podia desechar, cuando recibió una carta de su padre que le llamaba à Burdeos. El anciano le decia que al peso de los años se unian para él todos los pesares del aislamiento, y todos los dolores de su enfermedad.

Le suplicaba que volviese à Burdeos, donde le habia arreglado una boda que pondria fin à una vida errante y peregrinaciones sin objeto. Ernesto no titubeó; tomó. el camino de Francia con la firme intencion de no ver siquiera aquella nueva esposa que querian darle. No habia de amarla; no se quiere dos veces con una de esas pasiones súbitas que no nos dan tregua ni descanso, y por otra parte ahora no conocia el peligro de esos tempranos casamientos; hermosa ó fea, temia esa novia que podia haber sido débil como la señorita Morin, y que quiza no seria tan delicada ni tan sincera. No comprendia otra dicha que la que le habian arrebatado, y habia resuelto oponerse à esta clase de compromisos. El buque que le conducia arribó al puerto de Marsella, como aquel en que habia abandonado à Francia. Ernesto, triste y desconsolado, compró una silla de posta para viajar solo y no tener que sufrir la trivial alegria que à veces anima el interior de las diligencias.

(Se concluirá.)

Los doce linajes de Soria.

La Armería real de Madrid acaba de hacer la inestimable adquisicion de los restos de armaduras que pertenecieron á los célebres doce linajes de Soria, descubiertos y traidos á la córte por el conocido prendero y
anticuario llamado el Soriano. Este señor, animado de un
sentimiento patriótico rechazó las cuantiosas ofertas que
le fueron hechas por algunos extranjeros para adquirir
tan preciosas antigüedades, sobre las cuales, así como
sobre los linajes, vamos á dar aqui algunos históricos
detalles.

Levantada la ciudad de Soria sobre las inmortales ruinas de Numancia, segun lo afirma en epistolas don Antonio Guevara; ocupando el mismo punto que por espacio de varios años fué teatro de las mas grandes hazañas del pueblo celtibero, con oprobio de la orgullosa Roma, en donde una y otra vez fueron vencidas sus huestes, como lo sientan Ambrosio de Matamoros, Juan Bohemio, el maestro Florian de Ocampo y el mismo don fray Prudencio de Sandoval, no es extraño que además del entusiasmo que produjera tan remoto orígen, sirviese de estimulo á sus moradores para mas multiplicar sus hechos de valor, para mas esforzarse en

doblar el número de sus hazañas, y en una palabra, ser fieles imitadores por su abnegacion de los heróicos habitantes que les precedieron. Así es que desde lo mas remoto de su origen, desde que Soria, ya con el nombre de villa, ya con el de ciudad, empieza á conocerse por la historia, no hay hecho glorioso, no hay hazaña de valor en que algunos de sus hijos, y á veces todos en comun, no haya tomado parte.

Así tambien se explica el esmerado anhelo con que los soberanos de Castilla procuraron siempre poblar un punto que no sin razon debieron considerar como el plantel mas seguro de valientes y esforzadísimos guerreros, y por lo tanto vemos que uno de los primeros cuidados del rey Don Alfonso VI, despues de haber conquistado de los moros á Toledo, Gormaz, Osma, Berlanga y Atienza, fué enviar en el año 1109 á poblar á Soria á Fortun Lopez, llamado por otros Franco Lopez, en compañía de muchos parientes suyos, y tambien del famoso Ruy Diaz de Vivar, los cuales pueden considerarse como el orígen de los sorianos que llegan hasta nuestros dias.

Por el mismo tiempo, esto es, desde el instante en que los nuevos pobladores se posesionaron de la antigua Numancia, de donde algunos de ellos eran oriundos, siguiendo el principal impulso de aquella época, y tambien el belicoso que les distinguiera, se constituyeron en corporacion, y uniéndose à los nobles que ya la habitaban, formaron, por decirlo asi, la asociacion de las doce casas, cuyos jefes se impusieron como primera obligacion la de presentarse con igual número de caudillos ó capitanes, manteniendo la fuerza armada que fuera necesaria para la custodia y seguridad, no solo de la poblacion y su castillo, sino tambien de sus fronteras, amenazadas en aquella sazon tan de continuo por los moros, imitando en gran parte la institucion de los doce pares de Francia que hizo en la provincia de Aquitania el emperador Carlomagno, en Cataluña su hijo Ludovico, y otras que por órden análogo pudieran citarse.

Los apellidos pues de estas doce casas troncales, de estos doce linajes, que andando el tiempo tantos servicios prestaron á sus reyes y á su patria, sobre todo durante la guerra que terminó con la toma de Granada por la primera de las Isabeles y su esposo Don Fernando, fueron, lo escribe el licenciado Mosquera en su erudita obra de la Numantina de 1612, los de Santisteban, San Llorente, Santa Cruz, Morales, Barnuevo, don Vela, Caltañazor, Salvadores y Cancilleres; formando estos tres últimos dos casas ó linajes cada uno de ellos, sin otra variación que la de añadir los unos, somos blancos ó del espino, por haber labrado sus casas en la parte elevada de la población, y los otros, hondoneros somos, porque levantaron las suyas en la baja, casi a

los bordes del Duero.

Fueron siempre tan respetados estos doce linajes, no solo por lo preclaro de su nobleza, sino por la reputacion de sus hechos heróicos, que no solo ellos gobernaban la ciudad y su comarca, sino que seria demasiado difuso enumerar los singulares privilegios que les fueron otorgados por los reyes Don Enrique, Don Pedro el Justiciero, Don Juan II, Don Fernando y Doña Isabel, pudiendo segun ellos, nombrar corregidores, alcaides de fortalezas, escribanos y otros varios empleos; en muchos de los cuales se extendia la prerogativa hasta ennoblecer á los agraciados y sus legitimos descendientes. Tambien gozaban del derecho de ser representados en las Córtes del reino adonde mandaban sus procuradores; pero sobre todo lo mas honorifico de sus prerogativas, y de lo cual no hay ejemplo que se concediese otra semejante en estos reinos, es la llamada de los cien arneses decretada en 1158 por el rey Don Alonso, el vencedor de las Navas de Tolosa, en la que para recompensar los hechos de valor heróico en la guerra contra moros y tambien la acrisolada lealtad de los doce linajes en medio de los cuales se habia criado, instituyó la obligacion de que cada uno de sus sucesores al tomar posesion del trono pagase como tributo à los dichos linajes cien arneses de guerra completos, otras tantas sillas aderezadas y pulidas, lo cual no solo fué despues confirmado por Don Sancho el Bravo y por Don Pedro el Justiciero, sino que á su vez hicieron lo propio las Córtes de Valladolid en 1319 y cuantos soberanos ocuparon el trono de Castilla, cumpliéndose este tributo hasta que por real cédula de 17 de abril de 1466, dispusieron los Reyes Católicos se redimiese dicho privilegio mediante entrega de 350,000 maravedis à los linajes en el primer año de cada reinado, y así fué cumplido por la reina Doña Juana, el emperador Carlos V, el rey Don Felipe II y Don Felipe III.

Para la conservacion, no solo de tan honorificos arneses, sino tambien de los muchos mas que por cuenta de los linajes se tenian prontos para armar sus gentes de guerra, poseian un suntuoso edificio construido expresamente, y que puede aun admirarse en el dia, en donde estaban ordenada y lujosamente todos colocados, segun lo refiere entre otros varios autores el ya citado licenciado Mosquera, figurando en el primer término de cada una de las salas y por su órden cronológico los muchos reyes de Castilla que regalaron sus propias armaduras a los linajes, tales como Don Alonso VII, VIII y IX, Don Pedro el Justiciero, Don Juan II y otros varios. ¿Serán por ventura los restos de algunas de estas últimas les que acaba de adquirir la real Armería? Mucho lo celebrariamos, y que con ellas parecieran los tesoros que de este género poseia Soria en la casa de

sus doce linajes.

Don José María Gutierrez de Estrada.

El señor Gutierrez de Estrada, ex-ministro de Negocios extranjeros en Méjico, ministro plenipotenciario cerca de diferentes córtes, y en la actualidad presidente de la diputacion enviada al archiduque Maximiliano, nació en el estado de Yucatan, donde reside su familia.

Hablando y escribiendo con facilidad las lenguas francesa é inglesa, fué destinado á las legaciones de Europa, y ha sabido emplear útilmente su tiempo en las ca-

pitales del viejo mundo.

Honorable por principios y por educacion y muy apto para los negocios, el señor Gutierrez de Estrada es hombre de progreso por conviccion, y pertenece al partido conservador ó escocés. A pesar de la suma amenidad de su caracter, no transige jamás con lo que cree su deber, aun cuando se trate de sus amistades mas íntimas. Bajo la administracion Alaman abandonó el servicio público porque juzgó á este gobierno retrógado, y á la caida de la federacion renunció al ministerio que dirigia, porque comprendió que continuar ocupandole habria sido faltar á compromisos políticos.

Al resignar tan elevadas funciones, el señor Gutierrez de Estrada se creyó en el deber de dirigir á la nacion mejicana un manifiesto muy notable por su lógica y su sensatez.

La isla de Ouessant.

En medio del Océano Atlántico, centinela avanzada que vigila à la entrada de la Mancha, se encuentra una isla bastante llana, de un contorno accidentado y de paredes casi verticales de rocas graníticas, cuyo acceso es sumamente dificil y hasta imposible en ciertos tiempos y con ciertos estados de la mar, á menos que los practicos del pais no enseñen las ensenadas donde se puede desembarcar, con una mar un poco mas tranquila, sobre peñascos resbaladizos por los cuales hay que trepar con gran trabajo hasta los granitos abruptos que conducen por fin à la tierra firme. Esta isla, cuyo acceso es tan dificil por si y cuyos aproches por mar se hallan quiza mas erizados aun de dificultades, es la isla de Ouessant, pais poco conocido, poco visitado, aun por los viajeros mas intrépidos, y no obstante, uno de los mas curiosos que nos haya sido dado recorrer y estudiar.

La isla de Ouessant, situada por 48º 28' de latitud Norte y 7º 25' de longitud Oeste, se halla à 20 kilómetros de la punta extrema occidental de la Francia y del departamento de Finistere, del que forma parte, siendo la última de una larga línea de islas, islotes y rocas que se extienden sin interrupcion entre ella y el continente. Esta calzada granitica cuyos escollos aparentes ó submarinos han causado ya tantos naufragios, se compone vendo de la tierra firme hacia Ouessant, de las islas de Benignet, de Quemenes, de Trielen, de Molene, de Balance y de Bannec, cuya alineacion casi perfecta corre entre la punta de San Mateo y Ouessant, siguiendo una direccion del SE. al NO. Al Norte de esta linea de islas hay escollos sin número, peñascos de los cuales algunos como la Helle, los Pourceaux, la Roca inglesa y el Gran Courleau sobresalen del agua; pero la mayor parte se cubren y se descubren a cada marea, no dejando entre ellos y el continente mas que un canal bastante angosto que llaman el canal del Four, por el cual, segun el estado de la marea, suelen aventurarse los barcos de cabotaje y los pequeños buques que doblan la punta occidental de la Francia, y que tratan de entrar en Brest ó de salir para ir al Norte. Al Sur de esta linea encontramos la misma reproduccion de escollos y de peñascos, y los mas notables de estos, siempre aparentes, forman la calzada de las Piedras Negras, sobre la cual se observa de lejos la espuma del mar, pero que se puede contornear sin temor, pues por esa parte se esta en el Iroise, vasto espacio que precede la entrada de Brest.

Por su posicion a la entrada de la Mancha y al extremo de una calzada granitica que corta directamente la corriente de flujo y reflujo que va del Océano hácia el Norte, la isla de Ouessant se encuentra bañada por un mar agitado siempre y rodeado de corrientes violentas, de las cuales la mas fuerte y célebre es la del Fromveur, entre la isla de Bannec y la de Ouessant, al Este de la última y al extremo de la calzada, de la que forma el punto mas avanzado. Alli, por una abertura de unos tres kilómetros, la mayor parte de las aguas traidas à la Mancha por el flujo y que se lleva el reflujo, pasa con una rapidez increible, y en las grandes mareas de equinoccio la corriente del Fromveur es completamente inabordable. En general las embarcaciones no intentan su travesia sino cuando la mar ha perdido fuerza.

La isla de Ouessant, de forma muy irregular, se compone de dos largos ramales simétricos á cada lado de la línea que forman los dos entrantes principales de las bahías del Stif al Norte y de Pors-Paul al Sur. La mayor longitud de cada uno de estos ramales dirigidos del NE. al SO., es de unos siete kilómetros, y la anchura mayor de la isla viene á ser de cuatro kilómetros, abrazando su perímetro unos 33 kilómetros, por causa de las sinuosidades de las márgenes. Fácil es comprender la importancia de la isla de Ouessant en un momento de guerra con una potencia marítima, y así es que los in-

E

gleses trataron de apoderarse de ella en los primeros años de este siglo, aunque inútilmente, porque como hemos dicho al comenzar, lo mas dificil de todo es el desembarco, y la naturaleza se ha encargado de fortificar bastante bien ese punto para que una cortisima guarnicion baste para vigilar eficazmente los pocos puntos en los que se podria intentar saltar à tierra. Sin embargo, en presencia de los progresos que han hecho la navegacion y los instrumentos de guerra de toda clase, ha decidido ayudar á la naturaleza y ocuparse en levantar en Ouessant una construccion que asegure la existencia de la guarnicion, aun suponiendo tomada la isla à viva fuerza por causa de un golpe de mano. Tambien se ha puesto à Ouessant en comunicacion con el continente, mediante un alambre eléctrico-submarino, y así se tendrán preciosas indicaciones sobre los movimientos de las escuadras que crnzan por alta mar para doblar la punta occidental de Bretaña, y sobre la direccion que toman para dirigirse à tal o cual punto del continente.

Lo que mas llama la atencion al poner el pié en la tierra de Ouessant, es el aspecto llano y monótono del terreno que despues de haberse levantado hácia el Norte, va bajando hácia el Sur siguiendo un plano casi uniforme. La altura del punto mas elevado al Norte, donde está situado el faro, es de unos 65 metros sobre el nivel medio del mar, y la punta Sur extrema de Loqueltas no está á mas de 20 metros sobre este nivel medio. Una porcion de arroyuelos de agua potable, procedente de manantiales bastante abundantes, de los cuales la ma-



presidente de la comision mejicana enviada al archiduque Maximiliano.

yor parte no se secan nunca, riegan la tierra que es muy productiva en toda la parte Sur de los dos ramales de la isla, constantemente refrescada y fecundizada por los riegos que llegan de los puntos culminantes situados al Norte. El cultivo en la mitad de la superficie de la isla, consiste en trigo, centeno, cebada, avena y patatas, y todo el sobrante se exporta al continente. La tierra es muy ligera y muy favorable para el cultivo de cereales y tubérculos; es poco dificil de trabajar, y recibe en calidad de abono el fuco cosechado en sus playas, lo mismo que en toda la Bretaña ribereña de la costa. La otra mitad del terreno, demasiado combatido por los vientos, sobre todo en las puntas, no produce mas que una yerba corta buena para alimento de los carneros que se encuentran allí en crecido número, y cuya lana forma la mayor parte del comercio de los habitantes. Estos carneros que jamás pueden temer el diente del lobo, pastan constantemente en libertad y nunca los encierran en los establos. Tienen abrigos dispuestos sobre la tierra que se componen de dos paredes cubiertas de yerba, cortadas en angulo recto y orientadas por lo comun à los cuatro puntos cardinales. Estos abrigos que ofrecen un relieve de 60 à 80 centimetros, y cuyos ramales presentan un metro de largo en torno de la ventana central, tienen siempre resguardado del viento uno de sus ángulos, donde los carneros se reunen y pasan la noche. La vegetacion es raquitica en la isla de Ouessant, y en ninguna parte se ven árboles, ni zarzas, ni siquiera esos cercados vivos que se encuentran sin embargo al borde de la costa en tierra



LA ISLA DE OUESSANT. — 1 Ouessant. — 2 Paso del Fromweur. — 3 Isla de Bannec. — 4 Isla de Balange. — 5 Isla de Molene. — 6 Isla de Trielen. — 7 Isla de Quemenes. — 8 Isla de Benignet. — 9 Canal del Horno.

firme. Hasta la aliaga marina, esa planta viva y siempre verde que cubre una gran parte de la antigua Armorica, no crece aqui sino rodeada de cuidados y precauciones.

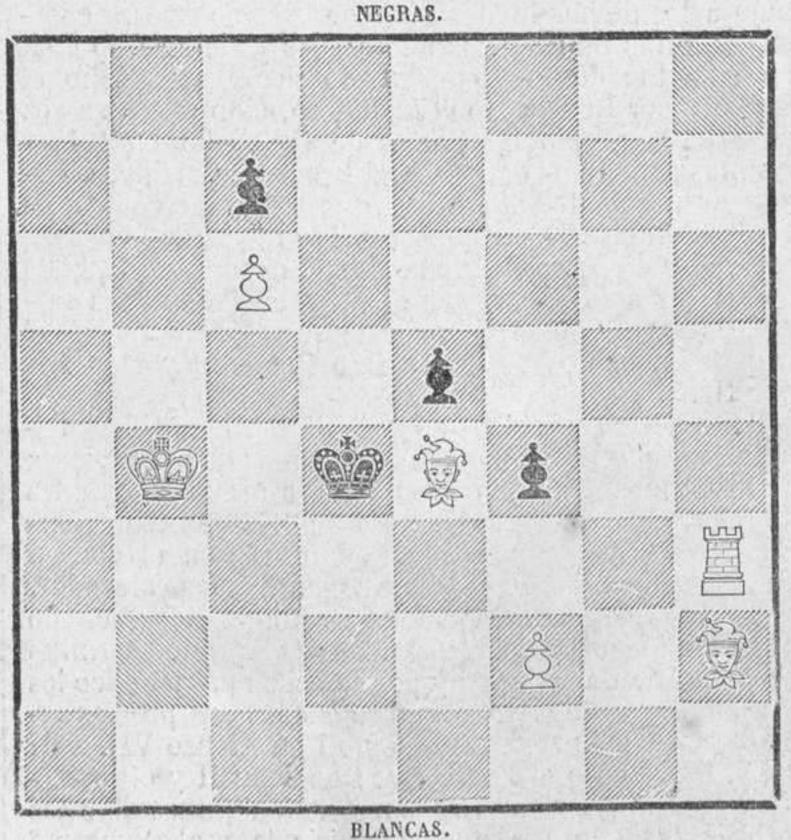
La poblacion de la isla de Ouessant es de 2,268 habitantes, segun las últimas estadisticas del Finistere, y se compone exclusivamente de familias de marinos y de pescadores. Por una anomalía que se explica, no obstante, si se reflexiona que los hombres están siempre en el mar, ya al servicio del Estado ó del comercio, ó ya ocupados en la pesca, los papeles se hallan intervertidos en los quehaceres de entrambos sexos. Las mujeres cultivan la tierra, hacen las cosechas, amarran las embarcaciones cuando llegan los pescadores, y se encargan de ir à buscar el cebo con que guarnecen los anzuelos. Entre tanto los hombres hilan, hacen media, preparan la comida y se están en casa cuidando de los niños y meciendo à los recien nacidos. El tipo general de los habitantes de Ouessant es hermoso con raras excepciones. Hombres y mujeres son de alta estatura, bien proporcionados, y ofrecen el aspecto de la fuerza y la salud unido à una gracia y belleza que no se hallan tan à menudo en las aldeas del continente. La raza céltica con sus ojos azules y su cabello rubio se encuentra aqui en toda su pureza.

Singular en sus caprichos, la naturaleza ha colocado junto à esta raza de hombres hermosos, altos y bien hechos, una raza de animales pequeña, aunque fuerte y nerviosa, y que no carece de elegancia en sus formas exiguas. Los caballos menudos como los de las montañas de Escocia, se emplean para tirar de los carros y para el trasporte de cereales. Jamás los montan, y bajo este punto son cerriles. No les exportan sino al conti-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Problemas de ajedrez (1).

PROBLEMA NUM. 83, POR M. GG. MEHRTENS.



Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

nente, à menos de circunstancias extraordinarias. En el pais no se pueden comprar, pues nadie quiere deshacerse del que posee.

El pan blanco es un mito en Ouessant, donde no se ve otro que el de centeno. La ausencia de hornos en las habitaciones es digna también de ser notada. Esta falta

habitaciones es digna tambien de ser notada. Esta falta se explica por la costumbre que tiene cada cual de calentar al intento las piedras del hogar que limpian despues cuidadosamente. Entonces depositan allí el pan de centeno, le cubren con una vasija, recogen las cenizas y los carbones al rededor, y al otro dia al despertar el pan se encuentra cocido.

La marina envia á Ouessant uno de sus ciruianos, y

La marina envia á Ouessant uno de sus cirujanos, y los dos años de servicio que allí pasa le son contados como servicio en el mar, pues la aldea es demasiado pobre para pagar á un médico civil. Tambien sostiene á su costa un faro de primer órden de luz fija, elevado sobre la punta Norte, la mas alta de la isla, pues tiene 83 metros sobre el nivel del mar, y cuyo alcance es de 18 millas marinas. En la historia de las guerras marítimas de la Francia, Ouessant se hizo célebre por el famoso combate que lleva su nombre, dado el 27 de julio de 1778, y en el cual el conde de Orvilliers, salido de Brest con 32 buques, combatió con buen éxito á la flota inglesa mandada por el almirante Keppel. H. C.

(1) Solucion del número 82.

1 C 3a CR

2 C 5a TR jaque

T come T (mejor)

3 Ra 1a R jaque-mate.

R 6a R